

PANTANOS DE VENUS

JOHNNY GARLAND

Pantanos de Venus

Johnny Garland

Espacio el Mundo Futuro/231

CAPÍTULO PRIMERO
VE-1-003, NO CONTESTA

Es inútil, señor. No hay respuesta.
—Inténtelo otra vez. Es preciso que contesten.
El operador de radioespacio suspiró, resignado. Se inclinó de nuevo sobre los mandos. Sus dedos pulsaron el Morse repitiendo la llamada. Monocorde, siempre igual.
—Tierra R-622 llama a VE-1-003... Tierra R-622 llama a VE-1-003... Contesten urgente... contesten urgente… Repito: Tierra R-622 llama a VE-1-003…
La llamada se prolongó un minuto, dos, tres.
Finalmente, a espaldas del operador, sonó la voz firme, tranquila en apariencia, del jefe de la Estación de Teletransmisión.
—Ya está bien, gracias. Puede dejar de llamar... Asintió el operador. Giró la cabeza, cambiando una mirada con su superior. No cambiaron palabras. Pero en ambos existía la misma tácita sensación de inquietud y de alarma.
—Si lo desea, seguiré insistiendo a intervalos prudenciales, señor —.bservó el subordinado.
—Bien, puede hacerlo. Pero no creo que obtenga mejores resultados que ahora.
—Yo tampoco, señor. Esa estación no responde a nuestras llamadas, desde hace cuarenta y ocho horas...
—Ha habido grandes tempestades en Venus —dijo lentamente el jefe —. Pero ya pasaron. Los últimos boletines de Meteorología Planetaria indican total normalidad en la atmósfera venusina. No lo entiendo, la verdad...
Salió de la cabina de transmisión y recepción.
Descendió con uno de los veloces autoelevadores, hasta el Nivel Tres de las avenidas urbanas. Allí había dejado aparcado su verde vehículo monomotor. Subió a él. La faz del funcionario de Telecomunicaciones Espaciales aparecía ensombrecida más que de ordinario. No era un hombre alegre precisamente. Alguien había dicho que Frost Melnik era un individuo serio. De poderle ver ahora, inclinado sobre los

mandos seremos y dóciles del monomotor, deslizándose vertiginosamente a través de las vías aéreas y serpenteantes de la gran ciudad, hubiera dicho sin duda que Frost Melnik no solo era serio, sino mal encarado.
Y Melnik tenía sus motivos para ello.
Detuvo el vehículo frente al elevado y blanco edificio vertical del Departamento de Estado. Aparcó entre otros centenares de coches y luego corrió por la gran rampa ascendente hacia la galería donde se abrían las diez puertas de acceso al interior de la blanca torre rectilínea, audaz columna rectangular de metal y cristales, centelleando bajo el sol.
Cualquiera de aquellas puertas centuplicaba en altura la de un ser humano, y así era posible que las riadas humanas, entrando y saliendo por la decena de accesos, pareciesen simples hormigas en multicolores hileras, siendo absorbidas o brotando por las enormes aberturas.
Frost Melnik se apresuró a cruzar el inmenso vestíbulo o plaza central de la que partían ascensores, escaleras mecánicas y rampas hacia casi doscientos pisos de diversas oficinas, departamentos y secciones, en su mayoría atendidos por los autómatas o robots que habían ido a suplir la burocracia humana, reduciendo los presupuestos estatales en cifras fabulosas algún tiempo atrás.
Melnik alcanzó la planta 103, destinada a los Servicios Espaciales de Comunicación Interplanetaria, de los cuales dependía indirectamente, y pasó de largo por seis o siete dependencias con sus máquinas automáticas de registro, atención de visitantes, archivos e informes, pasando ante sus sensibles registros de luz infrarroja su ficha especial de jerarquía, que ponía en funcionamiento inmediato los controles de paso a las secciones siguientes. De este modo llegó a la Oficina Central o coordinadora de la planta 103, en la que se hallaban los jefes y dirigentes del Departamento.
Al abrirse la puerta, varios rostros interesados y sorprendidos se volvieron hacia él. En número de seis, exactamente.
Allí estaba Duke Marston, el jefe especial de la Oficina Central, rodeado de su cohorte íntima de colaboradores. Todo personal especializado y de alta graduación dentro del organismo estatal.
—Melnik, ¿qué es lo que sucede? — interrogó Marston al verle entrar —. Trae usted aspecto de haber presenciado un funeral o cosa por el estilo.
—Tal vez lo haya presenciado sin saberlo señor. El funeral de diez personas.
—No le entiendo. —Duke Marston enarcó sus grises cejas, con aire perplejo—. ¿A qué se refiere?
—Acabo de intentar la comunicación con Venus, señor. Tal y como lo

resolví, después de la amenaza.
Marston entornó los ojos. Un chispazo de inquietud centelleó en el fondo de sus perspicaces pupilas. Luego su mirada se clavó con interés en Melnik.
—Le dije que no lo hiciera, Melnik. No debíamos intentar esa conexión hasta dentro de tres días.
—Pues yo lo hice hoy. Lamento haberle desobedecido, señor. He desobedecido a todo el mundo. Y ojala fuese injustificadamente. Pero, por desgracia, no es así.
—Vuelve a sus oscuros conceptos de siempre. ¿Qué quiere decir ahora con eso? ¿Qué le han dicho en Venus?
—No me han dicho nada. Eso es lo malo, señor Marston —informó fríamente Melnik.
—¿Nada? ¿Y qué significa nada? ¿No hay novedades allí, se refiere a eso?
—Debe haber novedades. Porque nada... significa concreta y rotundamente NADA. No contestan. No hay comunicación con Venus. Nadie responde desde allí.
—¡Eso es imposible! —saltó uno de los auxiliares directos de Marston—. ¡Tienen que responder a las llamadas! ¡Nuestra emisora-receptora venusina es potente y funciona a la perfección!
—Funcionaba a la perfección hace unos días. Hoy... no contesta. ¿Puede ser una avería?
— ¡Imposible! —replicó Marston—. Tienen material suficiente para reponer cualquier fallo. Y personal eficaz para resolver una avería en un par de minutos.
—Indudablemente, en este caso precisan más de un par de minutos. No responden, señor. No hay la menor señal de enlace radial con Venus.
Reinó un silencio de sorpresa en la alta junta.
Todos sabían que Frost Melnik no era ningún necio alarmista. Aquella ausencia de respuesta desde Venus carecería de importancia en circunstancias normales. Pero existía una amenaza, un precedente que Melnik habla temido, movido por el cual había llamado al planeta recién alcanzado por el hombre e iniciada su colonización.
Duke Marston se puso en pie. Era un hombre corpulento, macizo. Sus facciones eran nobles y altivas. Habituado a mandar, carecía en cambio de soberbia.
—Hay que intentarlo por cualquier medio, Melnik —apremió—. Hemos de saber lo que les sucede. Son diez personas especializadas en viajes interplanetarios y en avatares más bien complicados. Pero, a pesar de ello, quiero saber lo que ocurre. Enviaré una misión espacial a Venus con nuevos equipos de transmisión, si dentro de tres horas seguimos sin saber nada. ¿Le parece bien, Melnik?

—Me parece un poco arriesgado, mientras no sepamos lo que ocurre allí, pero es usted quién ha de resolver...
—De sobra sé que es arriesgado. Tampoco olvido que en las últimas fechas, Venus ha sufrido violentos temporales, que pueden haber causado daños irreparables a la expedición. Sin embargo, y pese a todo, no podemos dejarles a su suerte. Son hermanos nuestros, son terrestres en un mundo extraño, pioneros auténticos del espacio, Melnik.
—Si, y entre esos pioneros hay una mujer... Tampoco lo olvido, señor Marston...
El jefe de la Oficina Central asintió en silencio, nublado su rostro. Luego se encaminó al interfono, dispuesto a repartir urgentes y rápidas órdenes...

* * *

Frost Melnik respiró con fuerza y cerró la conexión. Luego su mano se deslizó hacia otro pulsador, en la mesa inmediata. Era el del intérfono, que oprimió, al tiempo de marcar una cifra. En la pantalla visora asomó el rostro preocupado, tenso, de Duke Marston al otro extremo de la conexión.
—¿Qué hay Melnik? —pidió con auténtica tensión en la voz y en el gesto.
—Nada, señor. La segunda expedición ha tenido que llegar ya a Venus. El último Boletín Metereológico Interplanetario señala tiempo sin tormentas ni interferencias atmosféricas en Venus ni en la Tierra, y mucho menos en la Estación Espacial R, intermedia entre ambos planetas. Por tanto, no puede ser éste el motivo. Pero sigue todo igual.
.—¿Absolutamente igual?
—Si. No responden. La Emisora VE-1-003 no contesta... Ni tampoco la nueva Emisora VE-2-006, enviada como auxiliar de los expedicionarios. En resumen, señor, Venus no contesta.
—¿Qué es, entonces, lo que puede ocurrir?
—No lo sé. Nadie lo sabe. He hablado con los técnicos del Observatorio Interespacial Gunnison. No saben nada tampoco. No pueden opinar sobre lo que allí sucede...
—Está bien, Melnik. No insista más, entonces. Ya llamaremos de nuevo mañana, Se insistirá cada día, durante una semana...
—¿No será ... demasiado tiempo, señor?
—No lo sé, Melnik. Imagino que, si algo les ha ocurrido, llegaremos tarde de todos modos. Y si no sucede cosa alguna... siempre estaremos a tiempo de acudir.
—Señor Marston, no debe tomarse este caso con ligereza. A veces,

un solo minuto, una hora, pueden influir radicalmente en las vidas ajenas...
—No creo que éste sea el caso actual, Melnik.
Quiero seguir mi propio sistema, atinado o no. Yo soy responsable de todo, Déjeme seguir mis métodos.
——Muy bien, señor. Sígalos. Pero tal vez doce vidas humanas dependan ahora de nosotros. De usted, de mi... y de lo que seamos capaces de hacer en su auxilio... a treinta y cuatro millones de millas de distancia...
—Eso, hoy en día, no es distancia. Unas semanas basta, con los cohetes "superveloces".
—Tal vez... — en la pantalla Marston se encogió de hombros. Sonrió —. Pero creo que, sin embargo, podemos esperar. Esperar a tener algo más que recelos o dudas para tomar una decisión concreta.
La silueta se borró en el rectángulo pequeño y fluorescente. Se cortó la conexión
Frost Melnik se quedó taciturno, pensativo. Marston no era una mala persona. No era ni siquiera un hombre despiadado. Pero veía las cosas con la frialdad propia de los que llevan una gran responsabilidad sobre sus hombros, y no conceden a una docena de vidas su justo, su exacto y tremendo valor.
Doce vidas ahora a merced del destino, en Venus.
Diez de la colonia. Y dos con el equipo supletorio de radio, de gran potencia, que tampoco habían dado señales de vida, pese a que las ondas de radio de su cohete indicaron claramente en las pantallas de los puntos de observación su llegada al planeta.
Melnik reflexionó. No estaba dispuesto a esperar igual que Marston, cruzado de brazos, la problemática respuesta de la Emisora VE-1-003. Una respuesta que según su instinto, no llegaría jamás.
Él no conocía a ninguno de los viajeros de aquella primera expedición venusina, excepto al profesor Werner Klaus, y a Sandra Qualer.

CAPÍTULO II
RICKY

—¿Qué le ocurre a Sandra? ¡Pronto! ¡Dígamelo!
Frost Melnik inclinó la cabeza. Era difícil decírselo. Pero había que hacerlo.
—No lo sé, Dolphin. Nadie lo sabe, en realidad.
—Entonces... ¿a qué ha venido, Melnik? ¡Usted no estaría ahora aquí si no ocurriera algo!
—Posiblemente ocurra, Dolphin.... pero mentiría si dijese que sé de cierto alguna cosa. La verdad es que puede estar sucediendo algo, o

no ocurrir nada, y ser todo una falsa alarma.
—Melnik, usted nunca se asusta por falsas alarmas, ¿no es cierto?
—Bueno, como todo el mundo tengo derecho a equivocarme alguna vez. Pero prefiero que sepa lo que ocurre, Dolphin. Que esté usted enterado y obre conforme le dicte su conciencia o su corazón.
—Muy bien. Así lo haré, a pesar de mi situación militar—señaló su uniforme, con el galón de cabo sobre la manga —. Mientras duren las pruebas del WZ-6, están suspendidos los permisos militares en toda la base. A pesar de ello, espero que el capitán Ashe me conceda uno especial si a Sandra le sucede algo. Vamos, Melnik, dígame de una vez la razón de su visita al campo de experimentación espacial.
—Está bien, Dolphin. Se lo diré. Sandra fue con la expedición colonizadora y científica a Venus. Al parecer algo ha ocurrido allá arriba. Lo cierto es que no contestan. Las emisoras no funcionan, o no hay quien las haga funcionar. Están en Venus, pero no responden a nuestras llamadas.
—¿Lo han intentado todo?
—Todo, Dolphin. Absolutamente todo. Ayer comenzamos las llamadas de emergencia y todavía no ha habido respuesta. Seguiremos hoy y mañana. Si siguen sin contestar, pasado mañana se enviaremos una nueva nave militar. Pero yo tengo miedo... de que para entonces sea tarde. Son dos semanas de angustias al menos.
Ricky Dolphin asintió en silencio. Sus ojos verdosos centellearon excitados. Era un joven de gran estatura, carnes bronceadas y musculosas bajo el blanco y negro del uniforme espacial de la base. El casco blanco, con el distintivo negro, cubría su rubia cabellera ondulada. Las facciones, cobrizas y duras, eran enérgicas, varoniles, desde la amplia frente a la mandíbula firme, rectangular y hendida profundamente en su centro, bajo los carnosos y rudos labios.
—Le dije a Sandra que no aceptara esa, oferta para ir a Venus —silabeó sombrío—. Ella no debía ir. Era mejor que los primeros científicos y exploradores fuesen hombres en su totalidad. No quiso hacerme caso.
—Trate de comprenderla, Dolphin. Ella creyó que era eso lo que debía hacer. Es una muchacha que se debe a su vocación científica, a su afán de ser útil a la humanidad y a los investigadores, sin pensar en el riesgo jamás.
—A pesar de todo la advertí de que no hiciera ese viaje, Melnik. No debió de ir allá. Ahora... posiblemente sea ya tarde para lamentarse.
—Hoy, mañana, pueden no ser demasiado tarde, —.pinó Melnik—. En cambio, pasado mañana, tal vez todo esté perdido, Dolphin.
Ricky Dolphin asintió lentamente. Se quitó el casco del uniforme, y se alisó los cabellos pensativamente, peinándolos con sus dedos nervudos y broncíneos.

—Si. Tiene usted razón, Melnik. Pero esos malditos jefes y dirigentes de la navegación espacial esperarán hasta que les parezca a ellos conveniente, aunque con ello cometan un serio error..., un error que puede costar vidas, y entre ellas la de Sandra.
—Por eso he venido a verle. No puedo hacer nada personalmente. Estoy atado por las órdenes de Marston, y él no autorizará vuelo alguno a Venus hasta que lo decida por si mismo.
—Entonces... ¿qué espera que haga yo?
—No sé. Algo para ayudar a Sandra. Usted es piloto espacial. Puede obtener un permiso de vuelo y…
—No lo obtendré —cortó secamente Ricky—. El capitán Ashe no simpatiza conmigo. Me ha llevado la contraria abiertamente en varios casos. Si le solicito un permiso, no me lo dará. Y estamos en plenos ensayos del WZ-6.
—¿El nuevo vehículo interplanetario?
—Si. Un aerocohete revolucionario y fantástico. Eso ha convertido la base en un centro rigurosamente cerrado a todo el que no sea autoridad. Y mucho más cerrado para los que queramos salir de él. Especialmente, si ese alguien que lo pretende soy yo.
—¿Dificultades con el capitán?
—Si, y dificultades serias. Es mala cosa tener fama de bribón, Melnik.

—Usted no solo tiene fama —rió Melnik—. Es que es un redomado bribón, Dolphin.
—Gracias por el cumplido. Ashe, sin duda, piensa igual que usted. Y me trata como a tal.
—Yo le consideré siempre como un bribón simpático. Y muy útil a las Fuerzas Exploradoras del Espacio. Por eso traté de que entrase aquí en vez de ir a la prisión, Dolphin. ¿Está satisfecho?
—Lo estuve hasta la llegada de Ashe, Melnik.
Ese capitán es un tirano. Ha sido director de una penitenciaría. Dice que yo debía estar en una de ellas, y que si aún gozo de libertad es por influencias injustamente utilizadas. Así que busca pretextos para privarme de ella.
—¿Por eso le ha metido en la operación WZ-6?
—Si, supongo que sí. No lo hizo, desde luego, por mis conocimientos o mi experiencia en naves espaciales, sino por perjudicarme lo más posible.
—Mala cosa es todo eso, Dolphin. Y ahora si que no puedo ayudarle. Con ese experimento del WZ-6, todas las bases se han militarizado, y un civil, por alto que sea su cargo, no puede interferirse en sus asuntos, a no ser con la tolerancia del jefe de la base. Supongo que Ashe no lo toleraría, tratándose de beneficiarle a usted.
—Por supuesto que no. Iré yo mismo a pedirle un permiso especial,

basándome en lo que le ocurre a mi prometida. Si me lo niega...
—¿Qué hará si se lo niega? — saltó Frost Melnik vivamente. Parecía preocupado—. Espero que ninguna locura, muchacho. Eso si que sería abrirse las puertas de una penitenciaria, obre prudentemente, Dolphin. Recuerde mi consejo...
—Lo recordaré…, pero no sé si haré buen uso de ese recuerdo — sonrió cínicamente el arrogante joven.
—Sé que, llegado el caso, hará lo que le dé a usted la gana —rió a su vez Melnik.
—A pesar de lo cual, usted ha venido a advertirme de lo que le ocurre a Sandra.
—Era mi deber moral. Materialmente, me siento ya desligado de todo esto, Dolphin, y le ruego que sea sensato.
—Lo intentaré. Pero mi sensatez depende directamente del capitán Ashe.
Melnik meneó la cabeza con pesimismo. No le gustaba la marcha de todo aquello. Si él pudiera al menos influir en el capitán Ashe... Salió del hangar de la base, y casi en seguida se tropezó con alguien. Alguien que le quitó de la cabeza toda esperanza de influir en absoluto acerca del difícil capitán.
Pues a quien se encontró fue al propio capitán Ashe.
Era un tipo gigantesco, todo músculos, de anchísimos hombros, poderosos brazos y piernas de titán, muy velludo en el cuerpo y extremidades, pero de cráneo totalmente pelado y brillante. Llevaba en la mano enguantada su casco blanco, con el distintivo azul y los galones de su cargo, un altísimo cargo dentro de la organización astronáutica de la Tierra.
Sus ojos eran estrechos, oscuros y fríos. La faz, bronceada y ligeramente tersa, tenia un aire exótico, oriental tal vez, a pesar de que el capitán Ashe no lo fuera. En sus mangas, los galones de su grado destacaban claramente.
En el cinturón, ancho y de un negro brillante, aparecía su pistola magnética, su bolsa de pequeñas bombas nucleares y su cuchillo electrónico.
—Buenos días, señor Melnik —saludó glacialmente, deteniéndose en seco ante el jefe de Teletransmisiones—. ¿A qué debo el honor de su visita a mi humilde base?
Frost Melnik enarcó las cejas. La humildad de Ashe era tan falsa y viscosa como la de un cocodrilo al llorar. No le gustó el oficial, ni su modo de hablar y de mirar.
—Tenía que visitar a uno de sus hombres. Pero era una visita particular nada más.
—.h, claro, señor Melnik — asintió melifluamente el capitán Ashe —. No podía ser de otro modo. ¿Cómo iba a ser oficial su visita, a una

base militar... regida por disposiciones estrictamente militares? Usted es un perfecto conocedor de la ley. Y un buen cumplidor de ella, por supuesto, como corresponde a su cargo.
—Desde luego —se limitó a asentir Melnik, sin quitar sus ojos del otro —. Nunca me he salido de mi propio margen capitán Ashe. Ni me gusta tampoco que los demás se salgan de él.
—Alabo su sentido de la legalidad y de la disciplina, —rió el oficial duramente—. E imaginando que ha venido a ver a su buen amigo, el cabo Dolphin... supongo que, por ese mismo sentido de su responsabilidad y de su amor a la ley, no pretenderá pedirme ningún permiso para su buen amigo Dolphin, ¿no es cierto?
La mueca burlona de Ashe era más que una sonrisa. Era un sardónico gesto desafiante y cruel. De buena gana, Melnik se la hubiera borrado del rostro a puñetazos. Pero ni física ni jerárquicamente podía enfrentarse al poderoso capitán de la base astronáutica.,
En vez de eso tragó sallva, respiró con fuerza y, apretando los labios firmemente, declaró:
—Por supuesto que no. capitán. Eran cuestiones particulares. Yo nunca me meto en los asuntos oficiales cuando no tengo autoridad para ello. Buenos días.
Pasó rápidamente junto al capitán Ashe, sin añadir más, ni dirigirle la palabra. El Oficial le contempló con un centelleo de fría ira en los ojos. Luego, lentamente, se dibujó en su faz una sonrisa de helado triunfo, y masculló:
—Estúpido Melnik... ¡No pides nada, porque sabes que no puedes conseguirlo! ¡Yo, el capitán Lubik Ashe, soy el único amo en la base! ¡Y no tolero injerencias!
Echó a andar, pasando ante los hangares donde trabajaban los hombres de la base.
De pronto sonaron pasos a su espalda. Ashe, sin detenerse, siguió adelante, con una mueca burlona flotando en sus labios. Imaginaba quién era y lo que iba a ocurrir. Disfrutaba siempré que algo asi estaba a punto de suceder.
—Capitán... —dijo a sus espaldas la voz pastosa de Ricky Dolphin—. ¡Capitán, por favor!
Ashe se detuvo. Giró sobre sus talones, enfrentándose al rubio y atlético cabo Dolphin, cuadrado militarmente ante él. Los ojos del oficial estudiaron glacialmente a su subordinado.
—¿Qué desea, cabo Dolphin? —preguntó con voz helada—. Creí que estaba muy ocupado trabajando en los hangares. Acaba de tener una visita. Eso es todo lo que puede perder de tiempo, apelando a mi máxima generosidad.
—Capitán Ashe, le ruego perdone esta nueva interrupción... —dijo Ricky Dolphin, apelando a toda su voluntad para no dispararse—.

Pero deseo solicitar de usted un permiso breve e imprescindible...
—Permiso denegado, cabo Dolphin —cortó secamente el capitán.
Ricky exclamó:
—¡Pero, señor!, se trata de mi prometida. Puede estar en trance de muerte, y yo debo…
—Me ha oido usted perfectamente, cabo. Le he negado el permiso. ¿Algo más?
—Capitán, usted no puede hacer eso. No es humano ni justo que me niegue lo que...
—¿Humano? ¿Justo? ¿Cómo se atreve a responderme así? — rugió el capitán Ashe, apretando sus recias mandíbulas. Su mirada llena de odio se clavó en Dolphin —¡Usted, maldito rufián, que debería estar pudriéndose en una celda de la penitenciaría, y que aún disfruta de galones, gracias a sus buenos amigos de las altas esferas! ¡Conmigo no le vale todo eso, cabo Dolphin! ¡Retírese inmediatamente o haré que le encierren en la celda de castigo!
—Usted manda, señor—dijo friamente Dolphin—. Y eso me impide decirle lo que pienso de sus métodos...
Se cuadró rígidamente, disponiéndose a dar media vuelta con un taconazo. Pero súbitamente, Ashe, con una imprecación violenta, alzó su mano zurda, armada de un látigo eléctrico. Le descargó en pleno rostro un brutal trallazo, que levantó un chispazo azul.
Ricky Dolphin gritó roncamente, agitando sus brazos para proteger el rostro del salvaje impacto. Apenas si logró cubrirse a medias. Pero ello irritó al capitán, y más aún cuando observó que Ricky, con la mejilla surcada por la estría quemada del latigazo eléctrico, se abalanzaba sobre él, lleno de ira, olvidando el grave delito en que incurría al agredir a su superior.
—¡Toma, rebelde! —rugió Ashe, lanzando un segundo latigazo rudo, violento, que volvió a alcanzar a Dolphin, ahora en el cuello.
El látigo se enroscó como una víbora candente, y Dolpin, con un gemido de vivo dolor, cayó de rodillas, pugnando por desasirse de aquel abrazo maligno.
El dolor le venció, y calló de bruces sobre el suelo, totalmente inconsciente.
Ashe desenroscó el látigo. Luego, con una mueca satisfacción, contempló al inerte cabo Dolphin. Se volvió hacia un· grupo de soldados armados, que acudían apresuradamente.
—¡Este hombre se insubordinó! —dijo abruptamente—. ¡Llévenlo a la celda de castigo! ¡Mañana será degradado de su puesto, y juzgado posteriormente por rebeldía! ¡Espero que pague cara su osadía... y acabe donde deben terminar todos los que son como él! ¡Vamos, llévenselo!
Los soldados, en silencio, tomaron al inerte Ricky Dolphin,

llevándoselo a rastras, hacia el pabellón donde se hallaban las temidas celdas de castigo de la base. Desde que, el capitán Ashe llegara allí, los hombres habían llegado a sentir terror hacia el lugar y la disciplina intolerante y cruel del oficial.

* * *

Nadia Tamer cerró lentamente la carpeta de los planos. Luego contempló fríamente a su interlocutor.

—No es suficiente con eso, Wolfang Datz — dijo, empleando su voz cálida, pastosa, para hablar abruptamente, sin las suavidades que, cuando ella quería, sabía utilizar — Necesitamos el original.

—Usted me dijo que bastaban los planos. Y los conseguí. No pude hacer más. Nadie podría hacer más, señora…

Nadia Tamer entornó sus hermosos ojos color ámbar. Sus sedosas pestañas cayeron sobre ellos. Se alisó ligeramente las ondas de su negra melena, y contempló con obstinada fijeza al llamado Datz.

—Yo puedo hacer mucho más, Wolfang. Muchísimo más que tú...

—Hacer más que eso —señaló Wolfang Datz los planos, con un relampagueo de sus azules pupilas—, sólo podría ser robar el original.

—Eso es. Y yo puedo robarlo. Estoy segura de que puedo hacerlo. Las mentes vulgares, como la tuya y las de los demás agentes se limitan a obtener planos. Planos que costarían meses de llevar a una práctica dudosamente atinada. En cambio, el original siempre es correcto... y está listo para ser utilizado.

—¿Tanto urge eso, señora? — gruñó Datz —. No creo que sea cuestión de horas ni de días.

—Puede ser cuestión de minutos... cortó ella glacialmente. Se cruzó de piernas. Eran muy bonitas y esbeltas, y ella lo sabía. Las lució sIn inmutarse, y prosiguió:

—Pero no voy a discutir esas cosas contigo. Hace unos meses esos planos hubieran bastado. Es más: hubieran llenado de satisfacción a nuestros superiores. Ahora apenas si tienen algún valor.

—Entonces no pude hacerme con ellos. Los secretos militares siempre se...

—Se guardan cautelosamente, lo sé. Y precisamente la habilidad del espia, del agente secreto enemigo, estriba en eso; en obtenerlo, a pesar de todas las precauciones. Por nuestra tarea arriesgamos la vida. No es un juego de niños precisamente...

—Yo no rehúyo los riesgos. Pero si no es posible obtener algo, ¿cómo voy a intentarlo siquiera?

—Yo lo conseguiré, Datz. No tienes que arriesgarte para nada.

—Dudo mucho de que lo logre, señora.

—Eso es cuenta mia. Siempre que me propongo algo lo consigo.
—¿Sea lo que sea? — dijo, algo burlón, Wolfang Datz.
—Sea lo que sea... — afirmó, más segura que nunca, la hermosa Nadia.
Wolfang Datz se encogio de hombros, sin decir ni una palabra más.
Ignoraba si Nadio sería capaz de obtener lo que con tanto afán buscaba. Pero, en cambio, sí sabía muy bien que no era conveniente llevarle la contraria. Después de todo, ella era quien mandaba. Y jamas mujer alguna tuvo tanta autoridad ni tan tiránica voluntad en el dominio de los demás.
Quizá ni siquiera hombre alguno podía comparársele...
Por esa Datz enmudeció, mientras Nadia Tamer sonreía triunfal, dando a su belleza exótica un aire mefistofélico, inquietante, peligroso...

CAPÍTULO III
REBELDÍA

Ricky Dolphin se incorporó finalmente, apoyándose en los fríos y grises muros de la cámara de castigo donde había sido encerrado.
El vivo e intenso dolor de su rostro, manos y cuello persistía. El trallazo candente fue demasiado cruel para que su huella dejara de quemar la piel, allí donde pasara el impacto feroz.
A pesar de que la temperatura en la cámara o celda de castigo era más bien fria, sentía arder su piel con una fiebre intensa. Un interior fermento de odio, de rebeldía superior a cualquier otro de las que experimentara anterlormente, crecía y crecía dentro de él, amenazando estallar.
Sabía que esto no era todo. Lo malo no había hecho sino empezar. Lo peor vendría después.
La degradación, el proceso militar por insubordinación... y posiblemente la pena de muerte, o en el mejor de los casos, el internamiento para toda su existencia en una de las penitenciarías militares o una priston satélite del espacio. Tal vez no tuviera razón al querer insolentarse con el capitán. Ashe podía ser odioso, antipático y poco cordial, pero era un superior, su jefe. No debió hacelo. Pero ahora era tarde para rectificar. Ashe le odiaba. Y había aprovechado la oportunidad que tan estúpidamente le diera él mismo para flagelarle, sabiendo que ello provocaría en él un intento de agresión, con la consiguiente pena militar.
Le envaro el sonido de unos pasos descendiendo hacía los corredores subterráneos de las celdas de castigo. Eran pasos firmes, sonoros, bruscos. Botas militares eran las que los producían, sobre el metálico

suelo color pizarra del edificio.
¿Quién podía ser a a aquella hora? El centinela.
O acaso uno de los jueces, a tomarle declaración para el posterior juicio.
Desde que empezaran a construir en secreto la nueva nave del espacio, el proyecto denominado WZ-6, había sido implantada la ley marcial en la base. Por tanto, su delito era muy grave ahora. Sobre todo con un honbre como Lubik Ashe al frente de la guarnicion.
Los pasos se acercaron hasta llegar muy cerca de la puerta automática de la celda, imposible de abrir desde el interior por medio humano alguno. Era la celda más segura que cabía imaginar. Un lugar de donde nadie salía por su propia voluntad.
Contempló con ojos intrigados el deslizamieto de la hoja de acero. Un arma, un fusil magnético, apareció a la vista, entre las enguantadas manos de un centinela de negro casco y distintivos plateados. Era la guardia especial de los presos y condenados militares.
Detrás, una figura odiada apareció, con paso lento, con expresión torva, sombría... y con una mueca de sardónico placer en sus labios.
¡El capitán Ashe!
—Usted... — musitó Eicky lentamente —. ¿A qué viene ahora? ¿A contarme lo que me espera? Me sé de memoria lo que se reserva en casos así a los reos. No va a lograr ponerme los cabellos de punta, capitán.
—Siempre cínico y dueño de si, ¿verdad? —silabeó Ashe fríamente —. El látigo no ha lograda hacerle entrar en razón, ¿no es cierto?
—No, no es eso, capitán. Es que no comprendo a qué viene aquí, a mi celda de castigo, si no es para algo cruel o maligno.
—Pues está en lo cierto, Dolphin —habló con acritud Lubik Ashe—. No vengo precisamente a. charlar como un buen amigo con usted, maldito cerdo. Siempre me asquearon los tipos que se sienten tan seguros de si mismos y que alardean de ser superiores a los demás. He visto muchos así en las celdas de la penitenciaría que yo dirigí. Les he visto pudrirse, arrastrarse como larvas, en una agonía que yo procuré fuese aún peor, porque seres así no tienen derecho a vivir.
—Ashe, usted está loco —dijo roncamente Dolphin, mirándole con fijeza—. ¡Solamente un demente, un maniático puede decir tales cosas, refiriéndose a seres humanos, sean éstos como sean! ¡Y usted es un ser mil veces más execrable que ninguno de esos que cita, si es capaz de portarse así con ellos!
Estas palabras eran duras, incisivas, y causaron daño a Ashe. Sus ojos relampaguearon con una interior explosión colérica. Sus pupilas parecieron, por unos momentos, auténticamente dementes, desquiciadas por una horrible insania interior.
—¡Le voy a destrozar, Dolphin! —rugió el oficial con ira—. ¡Y aquí

abajo nadie va a venir en su ayuda! ¡Cuando el verdugo se ocupe de usted, como deseo, quiero que le encuentre ya bien domesticado y dócil, amigo mio! ¡Y, de eso me encargo yo, el capitán Lubik Ashe, que no tolera a nadie superior a él!
El maníaco militar hizo una viva seña a su subordinado, y le hizo retroceder, sin objeciones, hasta la misma puerta, donde se quedó fusil en ristre, apuntando a Dolphin sin vacilar.
Luego Ashe extajo su látigo eléctrico, disponiéndose a propinar al detenido otra paliza tan salvaje y despiadada como la anterior.
El joven cabo le contempló incrédulamente.
Aquello era criminal, inhumano, porque él era un preso inerme, sin defensa posible, y el otro era el jefe de la base, y nadie declararía las atrocidades que con él pudiera cometer antes de entregarlo a la auténtica justicia castrense.
Ashe se disponía a torturarle, como sin duda debió torturar a muchos en su penitenciaría. Y nadie Iba a poderle defender, como él mismo dijera muy bien. Dolphin estaba perdida en manos de tal monstruo.
El capitán lanzó un trallazo brutal, Que Ricky vio venir. Con agilidad pasmosa, brincó en el aire, pasando por encima del látigo, que restalló bajo sus pies con un chisporroteo azul, estremecedor.
Nuevamente la viperina lengua electrificada por las potentes pilas del mango que empuñaba Ashe, culebreó, ahora hacia arriba, en busca del rostro de Dolphin. Pero el joven se zambulló de costado otra vez, en fantástica plancha, y la correa solamente se enroscó en torno a sus botas, haciendo recorrer su cuerpo por un hormigueo punzante y doloroso, pero nada más.
Ashe desenrolló con celeridad el látigo eléctrico y lo proyectó de nuevo sobre él buscando su cuello con virulenta avidez. No logró su objetivo, pues Ricky se movía como una anguila, eludiendo todos los trallazos, pero en cambio no fue capaz de eludir totalmente el latigazo, y éste le rasgó la piel de la mano derecha, que se cubrió de una estría livida, donde la epidermis fua abrasada. Dolphin chilló de dolor, revolcándose por tierra.
Iba a caer otra vez el látigo sobre su cuerpo, cuando Ricky tuvo un reflejo cumbre de lucidez.
La desesperación de su propia angustia e impotencia, sometido a los pies de aquel salvaje cruel y maniaco, le hizo reaccionar. Tal vez allí, en aquel preciso instante, fugaz y decisivo, radicó todo: su vida y su muerte. Y también la de muchos otros,
En un segundo tan sólo fueron muchos los destinos que se decidieron, sin saberlo Dolphin, sin, saberlo, naturalmente, ninguno de los seres que el destino situó en aquel momento en una imaginaria balanza...
Ricky Dolphin saltó como un tigre. Estiró sus manos férreas, engarfiadas, buscando las de Ashe. Eludió el latigazo

milagrosamente... y una de sus manos se cerró en torno al cuello del capitán.
—¡Apártese! —gritó el soldado, moviendo el cerrojo de su arma—. ¡Apártese, Dolphin, o disparo!
Pero eso a Dolphin le tenía ya sin cuidado. En realidad, todo le tenía ya sin cuidado. Cuando todo se ha perdido, se intenta ganar algo. Aun a costa de la vida.
Aferró a Ashe con tal violencia, que el capitán, llevado por el impulso del fallido latigazo, y por la presión inesperada de Ricky, se tambaleó, osciló, y Dolphin pudo cerrar una mano sobre su muñieca armada, doblándola con tal rudeza, poniendo tal energía en sus poderosos músculos, que el capitán gritó roncamente.
Cayó el látigo a tierra, con un sordo chispazo azul. El capitán, debatiéndose, trató de empuñar su pistola con la mano zurda libre, pero Ricky le apretó el cuello de tal modo, que le hizo gorgotear, al borde de la asfixia.
El soldado no supo que hacer. En la pugna, Ashe y Dolphin estaban materialmente pegados el uno al otro, unidos de tal modo, que de disparar una carga atómica, no sólo aniquilaría a Ricky, sino también al capitán.
Tras una vacilación, consideró que era mucho mejor acudir en ayuda del capitán, cuerpo a cuerpo, y sin correr riesgos. Dejó el fusil apoyado en el muro, y se abalanzó sobre los combatientes, que caían ahora contra el muro metálico, en rudo impulso.
Dolphin le había sujetado la muñeca derecha, para lanzarle dos tremendos directos, uno al brazo izquierdo, que crujió bajo el mazazo, y otro al vientre, doblando a Ashe con el impacto. Entonces vio venir al soldado, y procedió a hacer algo rápido, decisivo, que podía resolver la situación.
Dolphin obró entonces con una elasticidad y precisión asombrosa. Efectuó una llave violenta de judo, y Ashe salió proyectado por encIma de su cabeza para ir a estrellarse contra el soldado.
Ambos rodaron por el suelo de la celda, hechos un amasijo, y golpearon el muro.
Ricky, vertiginosamente, saltó hasta la puerta. Sus manos se cerraron sobre el fusil de carga nuclear que dejara el subordinado de Ashe. Lo alzó, mientras ya Ashe, roncamente, farfullaba, pugnando por levantarse:
—¡Estúpido! ¡Ha dejado su arma! ¡Impida que la coja ese perro...!
Pero el soldado no se movió. No podía obedecer a su frenético capitán. El choque con el muro habia sido para él mucho más dañino que para Ashe, pues al golpear con la cabeza en el metal, se derrumbó, inconsciente, sin sentido, quedando de bruces en tierra.
Ashe, al advertirlo, echó mano a su pistola reglamentarIa para hacer

frente a la amenaza que ahora suponía Dolphin. Pero éste no anduvo con la menor contemplación una vez erigido en amo de la situación,
Rápido, avanzó dos zancadas, y soltó un espantoso mazazo a la mano de Ashe con el cañón del fusil. El capitán chilló, retorciéndose de dolor, y de sus lacerados dedos escapó la pistola, quedando inerme ante Dolphin.
—Muy bien, capitán —dijo lentamente Ricky—, así quería tenerle. Parece que las cosas han cambiado un poco, ¿no le parece?
—Sólo de momento. ¿Qué piensa hacer? ¿Matarme acaso? — jadeó Ashe, muy pálido, respirando entrecortadamente.
—Debería matarle, sí. Pero es usted un militar, aunque su cerebro esté enfermo y sea en realidad un pobre loco digno de compasión. No le mataré…, salvo si usted me da motivos para ello. Entonces, no vacilaría ni un sólo instante, Ashe.
—¿Qué puede hacer entonces? Pronto vendrá la guardia. Y aunque no venga... su ventaja es sólo cosa momentánea. No puede durar.
—Tal vez dure lo suficiente para sacarle todo el partido posible —dijo lentamente Dolphin —. Por ejemplo: salir de aquí.
—¿Está loco? Nadie puede salir de este pabellón. Tendría que abrirse paso a tiros. Y no llegaría muy lejos sin que le trituraran con los fusiles nucleares o los cañones térmicos. Está perdido de todos modos, no se haga ilusiones.
—Ya lo veremos —Rick Dolphin volvía a ser el hombre firme, seguro de sí mismo—. De momento. Ashe, puede echar a andar delante de mí. Yo iré con usted, llevando el fusil. Mi uniforme puede ser el de su soldado sólo con quitarle los galones..., y con ponerme el casco de guardián. Saldremos de aquí con paso normal. Haga el menor gesto para alarmar a la guardia y le destrozo de un disparo. No bromeo, Ashe.
—Lo imagino —el capitán, lívido, se mordió los labios—. Pero es una estupidez que lo intente. Escuche esto, Dolphin. Le prometo retirar los cargos contra usted, si suelta ahora ese fusil y se entrega. Tiene mi palabra, Dolphin. Todo quedará bien. Es más de lo que podría soñar, ¿no cree?
—Claro. Por eso ni siquiera lo sueño — rió duramente Rick —. Sé que no cumpliría nunca su palabra. ¿Imagina que soy un necio para fiarme de sus promesas?. En marcha, Ashe. Vamos a correr la aventura juntos. Y pida usted al Cielo que salga bien o el primero en pagar el fracaso será usted. ¡En marcha!
Le empujó con el fusil, tras ponerse el negro casco de distintivo plateado, propio de la guardia del pabellón de presos. Dejó al centinela dentro de la celda, todavía inconsciente.
Un largo y desierto corredor, de muros grises y frios, se abrió ante ellos. Ashe echó a andar lentamente, seguro de si, erguido y confiado.

Confiado, quizá, en lo inútil de aquella intentona, en su final, forzosamente negativo para el preso.
Detrás de él, Ricky Dolphin, también sereno, con el cañón del fusil atómico apoyado en las anchas espaldas del capitán, y sus agudos ojos verdes clavados en el fondo, en el final de aquel corredor que parecía largo, larguísimo, como un auténtico sendero de pesadilla que jamás recorrería…

* * *

El centinela de los grandes pabellones destinados a guardar en sus naves de cristal blindado y opaco el secreto de la Operación WZ-6, giró la cabeza vivamente; Estaba seguro de haber oído un leve ruido detrás suyo, a pesar de que toda circulación humana estaba prohibida en aquella zona de la Base desde el toque de queda.
Nunca supo realmente si fue cierto o no el ruido.
Una sombra se solidificó a su espalda, despegándose de las tinieblas, en el momento mismo de volverse. Algo metálico centelleó sobre su cabeza, sin darle tiempol apenas a mover las manos armadas.
Fue como si una centella le fulminase. Una ancha y aguda hoja de acero, el arma silenciosa y eficaz por excelencia en cualquier época, por avanzada que fuese, penetró en su cuerpo. Le hendió las espaldas con escalofriante facilidad, se hincó hasta el mango, mientras una mano enguantada cubría la boca del infortunado guardián.
No exhaló ni un gemido. Dilató sus ojos horriblemente, acaso en una postrera pregunta que ya jamás se respondería. Y, luego, fue cayendo lenta, silenciosamente, gracias a las precauciones tomadas por el agresor.
Depositó éste el cuerpo ensangrentado en tierra, en una zona de sombras, lejos de la amplia avenida asfaltada, que iluminaba la poderosa claridad del mercurio. En seguida se apartó con pasos sigilosos, rodeando el edificio lateral del pabellón, hasta descubrir a alguna distancia al segundo centinela, que se movía muy despacio, fusil al hombro, ante las grandes puertas deslizantes de los hangares secretos, cerrados a todo curioso ajeno al proyecto en curso.
El silencioso y cauto asesino de las sombras sonrió siniestramente. Su mano enguantada extrajo un nuevo cuchillo, éste largo y ondulado, al estilo de una antigua daga oriental.
Aquel cuchillo poseía una curiosa característica en la malno de su dueño. El mango disponía de un doble resorte, con botones de dos colores: rojo y verde. Pulsó el verde en principio. Un zumbido de abeja irritada sonó dentro de la hoja de acero. Era como si tuviera un motor en su interior, igual que un dimmuto avión, esperando para despegar.

Luego el hombre de los cuchillos situó en forma plana el arma sobre la palma de su mano, alzada al nivel de los ojos, y apuntó hacia el guardián que paseaba ante las grandes puertas.
Su mano izquierda, con habilidad, presionó el segundo botón, el de color rojo. Ocurrió algo insospechado. El puñal, sin ninguna fuerza exterior que lo moviese, accionada por aqual motor, partió como una centella, igual que un aparato dirigido, al encuentro de su víctima. La velocidad era fantástica y la precisión en el tiro soberbia.
El centinela alzó la cabeza, sorprendido al oír el leve mosconeo que se acercaba a él. En la distancia vio un detello, moviéndose en línea recta, el trató de eludirlo, de apuntar con su arma a algún lugar indeterminado.
Fue inútil.
El cuchillo ondulado, en fulgurante vuelo, le atravesó la garganta limpiamente. El ronquido del motor, por unos segundos, se asemejó a un horrible estertor en el silencioso centinela asesinado, que no llegó ni a expresar su estupor con un grito.
Rodó de bruces, sobre el campo de hierba extendido ante el hangar. El fusil atómico cayó de sus manos engarfiadas. Pronto dejó de moverse convulsamente. Estaba muerto.
Rió el asesino en las sombras. Sus objetivos estaban logrados. Faltaban algunos detalles más. Pero antes ocultó también al centinela muerto, borró toda huella de lo sucedido y se acercó a las grandes puertas corredizas. Funcionaban por un complicado sistema magnético, y hacerlas funcionar alegremente hubiera significado la alarma total y estruendosa en toda la base. El criminal no era tan torpe como todo eso.
Por el contrario, da un bolsillo extrajo un pequeño pero poderoso coordinador magnético, capaz de contrarrestar cualquier sistema de alarma cierre, con una operación matemática, que arrojaba, en cifras, sobre unas celdillas móviles de distintos colores, la distancia y presión necesarias para accionar el resorte magnético sin ruidos.
Sonrió al obtener el resultado de la operación.
También había previsto algo así, y en su bolsillo había instrumentos precisos para todo. Pero antes de abrir las puertas del hangar, era preciso hacer algo.
Exhaló un singular y melodioso silbido, parecido al trino de un ave exótica. Luego, lo repitió a los diez segundos. Y esperó.
No tardó en producirse un rumor entre los ramajes de lo setos que adornaban las avenidas interiores de la Base. Y una figura esbelta y seductora de mujer, sobre cuyo negro pelo trazaban juegos azulados y centelleantes la claridad del mercurio, surgió ante el asesino, vestida con una ajustada malla negra y un casquete de igual color.
—¿Todo resuelto, Wolfang? —preguntó con un susurro.

—Todo, señora. Vamos a abrir esas puertas. Detrás está el Proyecto WZ-6.
—No habrás causado ningún mal irreparable a los guardianes, ¿no es eso? Espero que esa gente viva todavía...
—Claro — mintió fríamente Wolfang Datz —. Viven, señora. Solamente están inconcientes... Datz es un hombre obediente a sus órdenes.
—Me gustaría estar segura de eso en todo momento — suspiró ella, mirándole con ojos de duda—. En marcha, Datz. Abre esas puertas ahora. No podemos perder ni un solo segundo...

CAPÍTULO IV
WZ - 6

No abra esa puerta, Dolphin.
—¿Por qué? —el joven fugitivo se volvió lentamente hacia su prisionero, mirándole con agudeza—. ¿Por qué tiene ese interés en que no pase por ahí?
—Está rigurosamente prohibido. Es el paso a los hangares secretos. Nadie puede entrar allí todavía. Es alto secreto... y usted lo sabe.
—Claro. Pero ahora han cambiado muchas cosas, Ashe. No voy a detenerme por una ordenanza más o menos, cuando sé que la próxima vez que me echen la mano encima será para meterme en la cámara de gas letal.
—Yo vuelvo a aconsejarle que abandone esta loca aventura, y nadie le...
—Calle, Ashe —cortó Ricky secamente—. No insista en sus mentiras. Usted está convencido de que lo primero que haría, de verse nuevamente dueño de la situación, sería torturarme más que nunca. No tolera humillaciones, y yo le he humillado ya.
Relampaguearon los ojos del oficial. Este brillo maligno habló más elocuentemente que pudiera haberlo hecho su voz. Ashe jamás perdonaría a Dolphin lo de ahora.
—Esa puerta puede ser la de mí muerte, Ashe, —dijo con frialdad—. O acaso la de la vida, no se... Todo depende del éxito de este juego. Pero sin complicaciones, si hemos logrado engañar al guardían exterior, encontrándonos ya en esta galería del Cuartel Central ¿por qué no intentar otra audacia?
—Haga lo que quiera — Ashe se encogió de hombros —. Sus oportunidades se agotan por momentos. Es hombre muerto, Dolphin. Todo es ya cuestión de tiempo.
—Veremos —se acercó, empujando a Ashe hasta la puerta metálica, impenetrable, que ponía un muro entre él y los hangares del Proyecto

WZ-6. Nadie salvo los científicos, investigadores, pilotos especialmente elegidos, y el propio capitán Lubik Ashe, como jefe de la operación, podían entrar allí. Y Dolphin nunca supo como entrar en el lugar rigurosamente secreto—. A ver, Ashe, ¿cómo funciona esta puerta?
—No lo sabrá nunca. Dolphin
—¿Y si le mato?
—Hágalo. Pero no cruzará esa puerta.
—Muy entero se muestra ahora. Espere. Tengo una idea. El WZ-6 es una supernave del espacio, que revolucionará todas las técnicas actuales. Todos sabemos eso en la Base. Pero también empezamos a sospechar algo hace dos dias: ¡El proyecto está terminado!
—Son rumores.
—Tal vez. Pero usted me los confirma. Tiene miedo de entrar ahi. Y prefiere morir a revelarme la forma de entrar… porque ello le condenaría a muerte a usted también, ante los Tribunales Militares.
—Haciendo cábalas, irá a la cámara de gas, Dolphin —trató de reír Ashe, sin conseguirlo.
—Puede ser. Pero hacer cábalas, en ciertos momentos, es vital. Precisamente ahora hago otra cábala más audaz. Yo les vi entrar un día en el hangar secreto. Sin llaves, sín mecanísmos complicados y sin nada. Iban un grupo escogido: Melnik, usted y el superintendente Muskogee.
—Bien. ¿Y qué? ¿Cree que con un «¡Ábrete Sésamo!», esas puertas cederán? — se burló Ashe, evidentemente nervioso.
Ricky le miró sin responder. Descubría un angustioso afán en Lubik Ashe por prolongar la charla, por ganar tiempo. Tiempo..., que era todo lo que necesitaba él para ver perdido, antes o después, al audaz cabo Dolphin.
Lentamente, Ricky asintió con la cabeza y comenzó a decir por fin:
—Es posible que, sin desearlo, usted mismo me haya dado la clave, Ashe. Hay un «¡Ábrete Sésamo!», evidentemente. Solo que sería infantil tratar de lanzar ese grito, como en el cuento, para provocar la apertura de esas hojas de superacero. Imaginemos, sin embargo, algo mucho más simple. Que ese «¡Ábrete Sésamo!» de un moderno tesoro de Alí-Babá... sean ustedes mismos. El alto personal elegido para entrar ahí...
La súbita palidez en el rostro tenso de Ashe reveló a Dolphin la verdad. Había dado en el blanco. A pesar de todo, Ashe trató en vano de forzar un embuste:
—Es divertido eso —comentó irónicamente, con voz insegura—. Utilíceme de catapulta. A lo mejor resulta estupendamente. Tengo la cabeza bastante dura, no crea...
—Menos bromas, Ashe. Sabe que he atinado..., y usted tiene miedo

ahora. Sé que las grandes puertas exteriores funcionan por un complicado sistema fotoeléctrico y magnético. Pero también sé algo: que éstas del interior, a las que sólo ustedes tienen acceso, funcionaron entonces solamente con detenerse ustedes en su mismo centro, a cosa de dos pulgadas de la hoja. Observo que su cinturón, Ashe, es muy singular. Tiene unos botones curiosos en los costados y úno en el centro, que solamente he visto en el de Melnik, en el del superintendente Muskogee y en un par más de privilegiados. Vamos, póngase en el lugar que le indico.

—¡No! — gritó roncamente Ashe.

La sonrisa de Dolphin se endureció de súbito.

Había llegada la hora de las grandes resoluciones. No podía perder tiempo.

—Muy bien —dijo—. Usted lo ha querido, capitán...

De súbito, le estrelló en pleno mentón el cañón del arma atómica que empuñaba. Ashe no esperaba el mazazo, que hizo crujir con violencia sus huesos. Gimió algo, boqueando, y rodó de bruces a los pies de Ricky.

Éste le contempló friamente. Rápido, se inclinó, soltando la hebilla del ancho cinturón de los curiosos botones color ámbar en los que se fijara antes. Descubrió en el centro de cada uno una pequeñísima célula electrónica.

Se qultó su propio cinturón, aplicándose el del capitán. Luego tomó a éste como un fardo y sé lo echó al hombro. No podía dejarle allí. Si todo fallaba, Ashe era todavía su más valioso rehén para intentarlo todo.

Se aproximó a la puerta. Casi inapreciable, pero existente, había en el centro del umbral de aquella puerta metálica un puntito oscuro. Se situó sobre él, erguido.

Zumbó algo suavemente al lado opuesto de la puerta. Aguardó sin moverse, sin respirar. El sudor perlaba su rostro copiosameme y empapaba las palmas de sus rígidas manos con una fría humedad viscosa.

De aquel momento tal vez dependía todo. Su vida, su libertad..., su futuro.

El zumbido prosiguió con alternativos cambios en su modulación. Finalmente...

Finalmente, las puertas del hangar secreto se abrieron.

Ricky suspiró. Y echó andar hacla adelante, sintiendo en su ser algo así como una última y más fuerte esperanza.

Ante él, majestuoso, afilado, como un esbelto obelisco de metal refulgente y plateado, con su aguda proa apuntando al cenit, que cubrían las grandes vidrieras corredizas del hangar, se hallaba el WZ-6.

La nave del espacio era mucho más pequeña y bella de lo que

imaginara Ricky. Su cuerpo de plata parecía un lápiz en pie, sobre una base en la que un gran letrero señalaba su peligrosidad radiactiva, por ir provista de una potentísima carga de fotones.
Ricky Dolphin caminó incesantemente hacia ella. El WZ-6 era su esperanza... Si funcionaba, si la carga de fotones era capaz de ponerse en marcha y hacer arrancar a la hermosa nave hacia algún punto del espacio, antes de que los militares pudieran evitarlo, alcanzaría dos objetivos soñados. Uno, la libertad. El otro...
Contempló la soledad en penumbras del hangar, salpicado de luces de mercurio, que trazaban circulos de luz azul en el suelo metálico y liso. Otra luz más potente caía a plomo sobre la nave erguida, arrancándole destellos cegadores a su argentado fuselaje.
Igual que atraído por una fascinadora fuerza hipnótica. Ricky Dolphin, llevando consigo al inerte capitán, avanzaba hacia él...

* * *

—¿Oyes eso, Datz? ¡Alguien ha entrado en el hangar!
—¡Diablo, sí!... — Wolfang Datz volvió se rostro, de expresión ratonil, hacia los audífonos interiores del WZ-6. Se movió nerviosamente dentro de la cabina cilindrica superior de la nave, donde se hallaban los mandos, visores y sistema de control de ésta—. ¡Debe de ser la patrulla de vigilancia! ¡Tal vez han descubierto los... los centinelas!
Nadia Tamer no advirtió la vacilación de, Datz al referirse a los centinelas, acaso por el nerviosismo provocado por la sItuación. El zumbido de la puerta interior del hangar había llegado claramente por los audífonos de los muros a la ilummada cabina delantera del WZ-6., donde ellos estaban ya, tratando de averiguar la forma de poner en funcionamiento la complicada nave.
Luego, el rumor sordo, metálico, de unos pasos acercándose a la nave, se filtró por el reproductor de sonido exterior, a través de las rejillas situadas en las circulares paredes de metal plástico antitérmico.
La hermosa mujer que, con aquella malla negra y brillante, ceñida a las felinas curvas de su cuerpo, le hacía parecer un extraño y gigantesco gato negro, acaso una oscilante pantera al acecho, trató de conectar los visores de televisión exterior, para descubrir al que llegaba, pero fue, en vano. Los mecanismos del WZ-6 parecían singularmente rebeldes a todos sus intentos de ponerlos en funcionamiento.
—¡Vamos, Datz, hay que ocultarse, entonces! —silabeó.
—¿Dónde? —gimió, con terror, el hombre. Como buen traidor, era cobarde. Solamente se sentía capaz; de matar cuando todas las ventajas estaban de su parte—. Este endiablado lugar no tiene

muchos escondites, a no ser que nos metamos en esos trajes espaciales antigravitatorios...
Señalaba una hilera de cinco trajes espaciales, de material antitérmico y en vivos colores, pendiendo del muro, con sus correspondientes escafandras cristalinas y esféricas.
Ella denegó vivamente.
—No, Datz —dijo—. No sería mala idea, pero nuestras cabezas asomarían forzosamente por las escafandras. Y éstas son transparentes. No sirve de escondite. Ven. Vamos a escondemos en la cabina posterior, hasta ver lo que sucede...
Datz asintió dócilmente, siguiendo a la joven, en su marcha hacia la compuerta posterior, que conducía a la cabina para equipajes, viandas y maquinarias de repuesto.
Por los audífonos, los pasos crecieron de volumen. Se acercaron más y más a la nave, hasta llegar junto a ella...
Ricky Dolphin se detuvo frente a la puerta de la WZ-6.

* * *

La puerta era circular y estaba situada al nivel de la segunda plataforma de la base de lanzamiento y carga fotónica. Unas escalerillas angostas, metálicas, le llevaron hasta allí.
Dolphin observó que poseía cierre neumático, manejable desde el interior. Pero, externamente unas células infrarrojas abrían la compuerta circular.
Él no podía saber que, un poco antes, dos agentes al servicio de potencias extrañas habían logrado penetrar en el hangar y en el propio cuerpo plateado y esbelto de la astronave, utilizando medios matemáticamente exactos para mover las células sin necesidad de apelar a su correspondiente célula coincidente.
Pero él disponía del mágico cinturón de Ashe. Nada mas situarse en la puerta, en su justo centro, el círculo metálico comenzó a moverse silenciosamente con un leve zumbido. El paso al interior del WZ-6 estaba franco.
Ricky Dolphin entró. Tuvo un Instante de vacilación. No sabía sI dejar a Ashe fuera o llevarlo consigo. Pero, si algo fallaba, t.odavía necesitaba al capitán. Podía no ponerse en marcha el WZ-6. O tardar lo suficiente para dar tiempo a Ashe de dar la voz de alarma.
Cuando entró en la astronave lo hizo con el inerte capitán al hombro, y el fusil atómico en su diestra. Pisó un suelo circular. Se cerró la puerta, y el piso, suavemente, se puso en marcha hacia lo alto. Era un sIstema de ascensor automático para facilitar el paso al interior del plateado proyectil astral.
Pasó ante un nivel marcado: «NIVEL l. EQUIPAJES». Luego otro:

«NIVEL 2. VÍVERES y MEDICAMENTOS». Y finalmente: «NIVEL 3. SALA DE CONTROL Y PILOTAJE».
Se detuvo el ascensor. Otra compuerta se abrió en el muro del ascensor. Dolphin bajó de éste, pisando la cámara a la que había sido conducido. Oyó zumbar de nuevo hacia abajo al ascensor interior de la nave.
Se encontró en la sala de controles, auténtica cabina de mandos del WZ-6.
Una cámara circular, con grandes vitroglases o visores externos, ahora cerrados por contraventanas. Rendijas audifonas en el muro cilíndrico. Un tablero de mandos, con resortes, botones y pulsadores, esferas indicadoras, señales y luces, ahora en total inmovilidad. Dos pantallas de televisión, un cuadro secundario de mandos interiores, el volante de mando, el de rumbo y un gran mapa celeste cubriendo parte de un muro, con señales luminosas de diversos colores.
Ricky Dolphin dejó a Ashe sobre un asiento de espuma de goma, color cobalto. Se aproximó a los mandos de la nave. Los estudió en silencio. Era un buen piloto, y había tripulado complicadas astronaves. Pero acaso ésta fuera más sencilla, y, a la vez, más potente y completa que ninguna otra.
En escasos segundos advirtió cuál era el funcionamiento total de la nave, Observó que existía en el WZ-6 un indicador de velocidades. Y advirtió con estupor cual era la máxima velocidad tolerada por la gran obra de la mecánica del hombre.
El WZ-6 podía alcanzar, en vuelo, hasta un millón de millas por hora. Esto convertía a la nave en algo fabuloso. Un aparato capaz de rebasar en un minuto la velocidad de ciento sesenta mil millas.
Un par de días de vuelo a Marte, cuando cualquier nave tardaba mas de diez días actualmente, Una fecha hasta Venus, y la increíble duración de un viaje de dieciséis días hasta el lejano y gigantesco Júpiter... y así indefinidamente.
Sin necesidad de alcanzar imposibles, como la velocidad lumínica, que era el sueño dorado del hombre, el WZ-6 a la velocidad físicamente posible y evidentemente lograda de un millón de millas por hora, podía alcanzar en pocos días los confines más remotos del Sistema Solar.
Acaso no fuera pusible aún el salto grandioso, el brinco sublime hasta las lejanas estrellas y los demás sistemas solares del Universo, sólo factibles en las páginas de Ciencia-Ficción.
Pero el avance gigantesco, el paso colosal dado hacia la conquista definitiva de los mundos era ya un hecho. Siempre que el WZ-6, en la práctica fuese algo más que un simple proyecto científico-militar, estrictamente secreto.
Sin embargo, Ricky Dolphin no era un soñador, ni un conquistador de

los cielos. Solamente quería algo. Algo humano. Y ese algo no se hallaba tan lejos como las estrellas..., aunque a su impaciente ansiedad se lo pareciera a veces.
Trató de comprobar la marcha de los mandos.
Pero nada se movió. El WZ-6 parecía inmovilizado, incapaz de ponerse en funcionamiento. Acaso no disponia aún de energía interior, en cuyo caso sería igual estar en aquella nave ultrarrápida que en una enorme e inútil tortuga.
Maldijo entre dientes, buscando la llave de energía. No encontró nada.

Perplejo, se volvió, mirando a su alrededor. Su mirada se deslizó sobre los trajes espaciales en hilera, con su variedad de brillantes colores, y llegó hasta Ashe, que empezaba a levantar la cabeza, sacudiéndola conn aire aturdido, torpe...
—¡Ashe! —Ricky se lanzó sobre él con un rugido—. ¿Cómo se pone en marcha el WZ-6? ¡Pronto, hable o le estrangulo!
Los ojos de Ashe le mirarón torpemente. Luego pareció entender, pues su faz reflejó un vivo terror, y denegó con celeridad, sacudiendo la cabeza.
—¡No, eso no! —jadeó—. ¡No puede hacer eso!...
—Claro que lo haré. Y si no me dice de qué forma se inyecta energía a este trasto, le destrozaré entre mis manos sin vacilar. ¡Vamos, hable de una vez, no hay tiempo que perder!
Ashe, zarandeado por las férreas manos de Ricky, denegó con expresión atemorizada nuevamente. Silabeó nerviosamente:
—No, no... ¡No diré nada! ¡Nada!
—¡Le concedo diez segundos para hablar… o le mataré, Ashe! —amenazó glacialmente Ricky —. ¡Sólo diez segundos! ¡No vacilaré en hacerlo!
En aquel momento, cuando Lubik Ashe parecía más vencido e inerme entre las poderosas manos del atlético Ricky, intentó su golpe de sorpresa. Disparó con celeridad sus dos piernas, en una formidable flexión. Ashe no tenía nada de flojo. El impacto doble de sus rodillas sobre el estómago de Dolphin dobló a este, le hizo soltar la presión y lo lanzó a través de la cabina, hasta golpear rudamente contra el asiento giratorio del piloto.
Ashe, con la faz deformada por la furia, el odio y la sed de venganza, se incorporó, abalanzándose hacia el fusil atómico de Ricky, que reposaba junto a los mandos.
Dolphin se rehizo, pese al agudo dolor de su estómago, sintiendo que algo zumbaba ruidosamente dentro de su cerebro, se tiró en una plancha formidable sobre el capitán, aferró sus piernas y le derribó. Pero Ashe cayó sobre él, y logró descargarle una demoledora serie de golpes.

Ricky, bajo el peso de su advérsario y sintiéndose debilitado por las horas de prisión, los castigos y los actuales golpes violentos de Ashe, experimentaba una creciente pesadez, una pérdlda angustiosa de energías... El zumbido crecía y crecía en su mente...
Vagamente, llegaron a sus oídos pasos rápidos, carreras vertiginosas y voces ...
—¡En el hangar! ¡Es el WZ-6! —decían las voces, difundidas por los audífonos—. ¡Está en marcha! ¡Algo sucede! ¡Vamos allá! ¡Alarma en toda la Base!
Ricky sacudió la cabeza y eludió una nueva serie de golpes de Ashe, apoyado implacablemente sobre él, mientras estiraba la mano izquierda para alcanzar el fusil nuclear, con el que sin duda destruiría a Ricky definitivamente.
Dolphin se estremeció. Ahora sabía algo. Aquel zumbido de su cerebro no era tal. ¡Era la energía puesta en marcha sin duda al golpear él sobre las palancas que creyera de simple emergencia!
Un esfuerzo titánico, sobrehumano, animó a Dolphin. Logró disparar sus piernas, como Ashe hiciera con él. Las rodillas se hincaron en el vientre del capitán, que vaciló un segundo, sin aliento; Ricky aprovechó el instante de flaqueza de su enemigo. Con la cabeza descargó un terrible impacto que le hizo crujir los huesos, pero que causó mucho mas daño a la propia cabeza de Ashe.
Aturdido, el capitán se incorporó a medias buscando aire que respirar, mientras de una ceja, alcanzada por el, cabezazo de Dolphin, brotaba abundante sangre. Dolphin se irguió de un salto felino y comenzó a machacar implacablemente a su duro enemigo.
Ashe cayó, mientras por los audífonos, la proximidad de la guardia de la Base era ya angustiosamente inmediata. Voces, sirenas y silbatos ponían un clima de tensión, de urgencia en todos los actos veloces de Ricky Dolphin, que se jugaba ahora, inexorablemente, el todo por el todo.
Zumbaban los tubos a fotones que sostenían en pie al WZ-6, el orgullo de la nueva técnica astronáutica de la Tierra.
La mano de Ricky Dolphin se cerró sobre una palanca donde se leía: «DESPEGUE». Otra mano, sobre un botón, en el que indicaba: «RUMBO VERTICAL. VELOCIDAD DE ARRANQUE» y con el pie accionó un pedal automático, rotulado: «MARCHA».
Todo funcionó a la vez. Ricky Dolphin era un experto en conducir naves. No importaba que fuese la primera vez que se enfrentaba al delicado mecanismo del potente WZ-6.
Su triple presión simultánea logró el milagro. Algo pareció estremecer a Dolphin, al inerte Ashe, inconsciente en el suelo circular de la cabina. Toda la nave tembló, rugiente. De súbito, en los audífonos se borraron las voces, pasos, gritos y sirenas de alarma, para ser

suplidos por un rugido estremecedor, creciente y poderoso.
Algo se quebró ante la proa del WZ-6, y Dolphin, erguido, tenso ante los visores, descubrió cómo subían automáticamente las contraventanas plásticas para dejarle ver el exterior.
Descubrió que había rasgado la cúpula vidriosa del hangar, y el WZ-6 perforaba la noche, estrellada y limpia, rumbo a las lejanas estrellas.

CAPÍTULO V
VUELO ESPACIAL

¡DESPEGAMOS! ¡Despegamos, señora!
—Ya lo veo, Datz. Calla ahora. No conviene que sepan que estamos a bordo.
—¡Pero es que estamos en el vacío,· volamos hacia los astros, si es cierto lo que puede correr esta nave!
—También lo sé —dijo fríamente Nadia Tamer, en la penumbra azulada de la cámara de viandas y medicamentos—. ¿Crees que no tengo cerebro para pensar, estúpido?
Datz exclamó:
— ¡Cielos señora! ¿Y no siente miedo de esto?¿A dónde nos llevarán? .
—Eres una maldita rata cobarde, Datz. Como todo el que es débil, eres capaz de matar a tu propia madre, si con ello obtienes beneficios y no corres riesgos. Pero en cuanto te ves ante un verdadero peligro, tiemblas como una vulgar mujerzuela, y lloriqueas como un niño. Me das asco, Datz.
Wolfang Datz no respondió. Estaba gimoteando, acurrucado contra las cajas metálicas de víveres, almacenadas a bordo. Ellla le estudió con desprecio. Luego, le descargó un tremendo bofetón, y Datz enmudeció, pálido, mirándola con ojillos brlllantes, en los que ella leyó no sólo dolor por el impacto que dejaran sus dedos femeninos en la mejilla del rufián, sino odio, rencor infinito.
Ella soltó una leve, musical carcajada.
—Hasta ahora inspiras lástima, Datz —dijo lentamente—. Me odias, como odias a todo el que es superior a ti, —pero eres demasiado cobarde, demasiado torpe para intentar vengar tus agravios. Te conformas con mirarme como una rata, esperando la ocasión propicia para morderme. ¿No es eso, Datz?
Wolfang se dominó y hasta llegó a fingir una repulsiva mueca que pretendía ser una sonrisa.
—Usted siempre me cree peor de lo que soy, señora —declaró untuoso—. Podré ser un tipo desagradable para los demás, llegado el caso. Pero a usted le debo lealtad, señora...

—¿Lealtad? ¿Supiste alguna vez lo que es eso? —ironizó ella, encogiéndose, despectiva, de hombros—. No me hagas reir, Datz…
Se volvió de espaldas a él, demostrándole su absoluto desprecio, y aüudió, en tanto Wolfang apretaba los labios, en un gesto de infinito rencor:
—Vamos hay que observar lo que ocurre. Observemos quiénes han entrado en esta nave, pero es evidente, a juzgar por las voces y el ruido de lucha que hemos captado antes de arrancar de tierra que no son precisamente buenos amigos. Trataremos de aprovecharnos de esa enemistad en nuestro beneficio. ¿Has entendido?
—Sí..., señora — jadeó Datz.
Súbitamente, una sacudida derribó a ambos por tierra, entre las inamovibles cajas metálicas de viandas, sujetas a los muros por bandas de acero, Datz gimió de nuevo, lleno de terror:
—¡Cielos! ¿Qué ocurre ahora? ¿Nos estrellamos?
—No seas imbécil —ella conservó la serenidad y el valor, aun en aquellos momentos. Se incorporó, apoyándose en las paredes y en los embalajes—. Simplemente, hemos acelerado. Y mucho. No sé adonde piensan ir, pero mucho me temo que el WZ-6 está alcanzando su velocidad máxima. Y si los planos no engañaban, esa velocidad es de…
—¡Un millón de millas por hora, señora! —gimió Wolfang Datz, horrorizado.
—Eso es —sonrió ella, diabólicamente—. Un millón de millas por hora... Algo maravilloso, Datz... si logramos apoderarnos de esta nave. Y ten por seguro de que así será...

* * *

—Un millón de millas por hora… ¿Se ha vuelto loco? ¿Dónde quiere que terminemos? ¿Estrellándonos en algún planeta tal vez?
Ricky Dolphin sonrió duramente a Ashe, tendido en el diván azul cobalto, bajo la amenaza constante de su fusil nuclear. El piloto automático mantenía invariable el rumbo y velocidad del proyectil plateado que ahora hendía los cielos, alejándose de la Tierra, a su máxima velocidad posible, y rebasando la Luna en un fabuloso alarde de celeridad inaudita.
—Es posible que se me haya ocurrido la peregrina idea de estrellarme en alguno, buscando ási una forma de suicidio bastante original. Pero no tema. No es ésa mi intención. Ahora llevamos un rumbo especial, ¿no lo advierte?
Ashe estudió el mapa celeste, ahora iluminado por líneas rojas, azules y blancas, a medida que la nave volaba por el espacio, lejos ya de la atracción terrestre y lunar.
La línea roja señalaba la ruta del WZ-6 y ésta terminaba,

prolongándola con la imaginación, en un punto concreto del espacio planetario solar:
VENUS.
—¡Venus! —jadeó—. ¿Qué quiere hacer en Venus?
—Hay alguien en Venus, cuya vida quizá dependa de mí. A un mlllón de millas de velocidad constante es posible que estemos allí en veinticuatro horas justas. Mañana nos posaremos en Venus, si el WZ-6 tiene energía precisa para ello.
—Claro que la tiene. Los fotones le alimentaran en vuelo máximo durante más de dos semanas, sin reponer energía, ¿Pero qué mil diablos quiere hacer? ¿Buscar asilo en Venus? Le cazarán igual. Y ahora no le salvará nadie. Es reo de rebeldía, deserción, insubordinación, secuestro de su jefe y robo del secreto más valioso que jamás tuvo la Tierra.
—Cualquiera de esos delitos basta para que termine en la cámara de gas, Ashe —rió Dolphin jovialmente—. No creo que sean capaces de matarme cinco veces. A pesar de todos los avances, aún no ha habido nadie capaz de hacer revivir a un tipo ejecutado una sola vez. De modo que iremos acumulando delitos, puestos ya a delinquir. Pagaré todos con una sola vida. Y nadie me negará que soy un auténtico coleccionista de máximos delitos. El coleccionista más original del mundo, amigo Ashe...
El capitán se mordió los labios irritado. Un parche cubría su ceja rota, y estaba sometido a la estrecha vigilancia de Dolphin. Pero aún no perdía sus esperanzas. Sabía que la resistencia humana, por poderosa que fuese, tenía sus límites. Tarde o temprano, Dolphin caería dormido. Y entonces él se haría dueño de la situación.
Se sobresaltó al oír la voz burlona de Ricky, que pareció leer sus pensamientos al observar:
—Y si espera a que me duerma, para cambiar los papeles, le quiero desesperanzar, capitán, porque sería cruel alimentar en usted esperanzas. Antes de que el sueño me venza, le haré ingerir unas tabletas de «hiposomnio». Dormirá como un angelito, antes de que yo caiga. Y seguirá dormido muchas horas después de despertarme yo.
—Es usted un demonio. Dolphin —silabeó Ashe, enfurecido—. Piensa en todo, ¿eh?
—Casi en todo. Si algo descuido, usted caer sobre mí como un buitre. Y no me gusta nada la idea, Si fuera un ser normal, no me importaría. Unas veces se gana y otras se pierde. Pero usted es una fiera, un monstruo sanguinario y cruel, con el cerebro enfermo por torvas ideas de odio y de puritanismo a ultranza. Sería capaz de los mayores horrores conmigo, una vez en su poder.
—Bien seguro puede estar —musitó Ashe, con un brillo infrahumano en sus ojos dilatados—. Le haría destruir lentamente. No le entregaría

a la Justicia, sino que le daría la más lenta y atroz de las agonías que pueda imaginar un ser humano. Es usted un criminal nato, Dolphin... y merece la peor y más larga de las muertes.
—Lo suponía. Es usted un sádico inhumano. Procuraré que eso no ocurra.
—Pudo deshacerse de mí. ¿Por qué no me dejó en tierra?
—No tuve ocasión. Además, le hubiesen fusilado por permitirme huir, y eso no sería justo tampoco. Yo soy más humano que usted, Ashe. Cuando vuelva a la Tierra, será con la seguridad de que no van a juzgarle por lo que no hizo o aquello de lo que no tuvo culpa, sino que espero verle entre rejas para siempre por lo que realmente merece estar: por su insanía perversa y cruel. Por su deformidad mental, Ashe.
—Tal vez todo sea muy distInto a lo que usted espera —la mirada de Lubik Ashe se deslizó por los grándes visores, contemplando indiferente la belleza sublime, prodigiosa e insondable de los negros espacios siderales y sus fulgurantes astros, más límpidos y hermosos que nunca, en aquellos lugares del cielo exterior—. Este viaje aún no ha terminado, Dolphin.
—Eso es. Aún no ha terminado...
—Ricky estudió en el mapa celeste la enorme extensión que faltaba por recorrer en el cielo, hacia Venus.
El planeta Venus distaba aún muchos millones de millas. Solamente llevaban dos horas de vuelo. Dos millones de millas en el espacio. Faltaban más de veintitrés por recorrer.
La luz radiante crecía en la distancia, pero muy lentamente. El planeta de la atmósfera densa y venenosa, el mundo casi totalmente cubierto de pantanos, marismas y líquenes estaba aún muy lejano.
Como acababa de decir Ashe con una vibración amenazadora en la.voz, el viaje aún no había terminado, y cada hora, cada minuto de él, hacía más y más peligrosa su situación a bordo del WZ-6. No sólo por los peligros siempre existentes en el espacio, donde el menor fallo técnico significaba la muerte, sino porque hacía el viaje acompañado por un ser demoníaco y cruel, capaz de todo por vengarse del hombre a quien odiaba. Y aún ignoraba Ricky Dolphin el tercer factor adverso de aquel viaje. No sabía que en otra cabina del WZ-6, dos espías, dos agentes enemigos, despiadados y astutos, aguardaban también su propia ocasión de intervenir en el juego... y no precisamente como amigos de nadie, sino en defensa de oscuros, sórdidos intereses.
Nadia Tamer y Wolfang Datz pronto iban a entrar en juego como personajes destacados de la dramática pugna en los espacios, rumbo a Venus.
Pero ni el capitán Lubik Ashe ni el piloto espacial Ricky Dolphin podían sospecharlo, ni siquiera imaginarlo.

* * *

—¿Robado? ¿Robado el WZ-6? ¡Imposible!
—Pues no es imposible, ni mucho menos, Melnik —dijo abruptamente el congestionado Marston, dejándose caer en el asiento destinado a las visitas, en el despacho del jefe de Comunicaciones Interplanetarias —. Y por cierto, un amigo suyo es el ladrón de la nave.
—¡Cielos, no!
—El cabo Ricky Dolphin, en la Base Espacial A.
—¡Dolphin! —Frost Melnik palideció vivamente—. No... , no puede ser, señor...
—Lo es. Dolphin se rebeló contra el capitán Ashe. Fue encarcelado, en espera de ser juzgado por insubordinación. Pero escapó de la celda de castigo, aún no sabemos cómo y logró llegar hasta el WZ-6, asesinando a dos centinelas y escapando con la nave. Es posible que se llevara a Ashe consigo, porque el capitán ha desaparecido de la Base.
—Dios mío... —Melnik inclinó la cabeza aturdido—. Admito que sea posible todo eso. Admito que un hombre rebelde como Dolphin no tolere la rígida disciplina de Ashe, a quien por cierto debería vigilarse de cerca, pues me consta que sus facultades mentales están algo perturbadas desde que fue desposeído, por crueldades físicas sobre los presos, de su cargo de rector en la Penitenciaria del Espacio.
—Eso no hace al caso, Melnik. No trate de defender a Dolphin...
—No trato de defender a nadie, señor —sostuvo firmemente Frost—. Sigo admitiendo la responsabilidad que como soldado y ciudadano terrestre adquiere Dolphin al cometer tal tropelía, robando nuestro mejor proyectil tripulado espacial. Pero me niego en redondo a admitir la simple sugerencia de que él tuviera parte en el doble asesinato. Ricky jamás mataría a nadie con violencia, de no ser a un criminal que le atacase, y aun entonces le daría oportunidades de defenderse.
—Los hechos son los que le he citado, Melnik. De modo que no hay errores ni confusiones. Sólo Dolphin pudo cometer tales delitos. Se le reclama, con la recompensa de medio millón de "dicrois" por su captura. El día que le echemos la mano encima será ejecutado, sin lugar a dudas.
—¿Usted sabe, señor, que su prometida es la profesora Sandra Qualer, desaparecida en Venus con el resto de la expedición investigadora?
—Me tiene sin cuidado. Si lo que pretende Dolphin es llegar a Venus para buscar a su prometida, pudo elegir medios más dignos y honrados.
—Acaso Ashe no se lo permitió. Creo que era un enemigo mortal

suyo.
—Una justificación muy pobre, Melnik. Además, eso no explica que se convierta en asesino para salvar a otra persona en problemático peligro.
—Ya le dije que sostengo su inocencia al respecto, por encima de todas las cosas. Dolphin jamás será un asesino, señor. Busque a otra persona como culpable del doble crimen, pero no a Dolphin.
—No hay más culpable que él. Tenemos al centinela que acompañó al capitán Ashe a visitar la celda de Dolphin la noche de su fuga. Confirma que Dolphin escapó solo, después de agredir a ambos.
—¿Sí? —el rostro de Frost Melnik expresó agudeza —. Me gustaría saber qué fue a hacer Ashe a la celda de un arrestado, preeisamente de noche. ¿Lo ha dicho el centinela?
—No se le ha preguntado. El jefe de una Base tiene derecho a hacer su voluntad, sin dar cuenta a nadie.
—Me gustaria intenrogar a ese centinela por mi cuenta, señor —aventuró Melnik.
Marston torció el gesto, evidentemente irritado.
—Haga lo que quiera —dijo al fin—. Pero yo sé lo que tengo que hacer. Si Sandra Qualer está en Venus. Dolphin habrá ido alla. Y en el WZ-6 es inalcanzable ya. Pero posiblemente su estancia en Venus, buscando a la expedición, se demore más de lo previsto por él. ¡Voy a enviar hoy mismo una patrulla de seis astronaves con más de cien soldados a bordo y la orden radical de arrestarle o matarle en el acto!
—¿No puede esperar un poco más... lo justo para que yo investigue más a fondo en este caso?
—Ahonde usted cuanto quiera, Melnik, pero nadie me va a disuadir de obrar como a mi me plazca y es justamente lo que voy a hacer...
Airado, se incorporó, saliendo del despacho. Sonó un portazo a sus espaldas. Frost Melnik, pensativo, hundió la cabeza entre sus manos. Estaba pensando. Pensando en su buen amigo Ricky Dolphin.
Y buscando una manera de ayudarle, de hacer algo por él. Pero no iba a ser fácil.

* * *

—Ahí está... Seis veces más brillante que Júpiter... quince veces más brillante que Sirio..., cuando se encuentra, como ahora, entre la Tierra y el Sol, a su más reducida distancia de la Tierra, que es de veintiséis millones de millas. De los cuales llevamos ya recorridos cuatro, capitán Ashe.
—Una elemental lección de astronomía que no necesito, cabo Dolphin —Cortó secamente el oficial prisionero, frunciendo al ceño con ira—, Sé todo eso de memoria.

—Pero tal vez nunca se encontró ante la estrella matutina tan cerca como ahora estamos —sonrió Ricky, burlón, estudiando la forma creciente de la brillante Venus—. Ningún ser humano viajó, jamás a tal velocidad por los espacios.
—Me aburren sus observaciones —bostezó Ashe, tendiéndose en el diván color cobalto—. ¡No tengo el menor interés en ir hacia Venus! ¿Por qué va usted allá?
—Por algo que usted no puede entender, Por amor, capitán Ashe.
—¿Amor a qué? ¿A su propia vida? ¿A su problemática libertad? —rió el oficial.
—No. Amor a una persona, a un ser humano como yo, que tal vez corra graves peligros ahora en Venus. A quien, posiblemente, no llegue siquiera a tiempo de salvar. Pero por esa persona vivo, por esa persona haré cuanto sea posible. Por ella escapé, por ella he afrontado todos los riesgos y quebrantado todos los reglamentos.
—¿Una mujer?
—Sí. Una mujer. Usted no comprenderá estos sentimentalismos, pero son necesarios en la vida humana, si se quiere soñar, además de vivir.
—¡Soñar! Eso es lo malo de ustedes, los soñadores. Que quieren un mundo ficticio para ustedes. Un mundo que, en realidad, no existe ni existió jamás. Y no lo alcanzan nunca por eso mismo.
—Vale más vivir y morir tras algo hermoso, capitán Ashe, que arrastrarse a ras de tierra, ensuciarse de fango y buscar lodazales hediondos donde revolcarse con placer. Usted es de ésos, ¿verdad? Por eso no entiende. ¿Qué puede buscar el gusano, en los afanes de la mariposa por volar lejos?
—Sin duda, cuando le sienten en la cámara de gas, morirá usted con una sonrisa, pensando en esas poesías huecas y necias —despreció Ashe—. Si es que siquiera tiene entonces ánimos para pensar. Cosa que no ocurrirá, si le tengo en mis manos un par de horas solamente.
—Lo imagino —asintio Ricky—. Pero no voy a darla ese placer, capitán Ashe. De Venus es posible que no vuelva jamás.
Ashe dijo, despectivo:
—Eso no le servirá de nada. ¿Cuánto cree que tardarán en llegar desde la Tierra? Dos semanas, dos meses, dos años como máximo..., y usted habrá caído en poder de la ley nuevamente. Es un callejón sin salida. Y el Universo entero, hoy en día, es un campo muy pequeño para huir al peso de la Justicia terrestre.
—Si realmente existe esa Justicia, si alguna vez existió como tal en la historia del mundo, sería sobre las gentes como usted, capitán Ashe, en quienes tendría que recaer con toda su virulencia.
Se acercó al mapa celeste luminoso, que cubría parte del muro, y comprobó con aire satisfecho unos datos y cifras, mientras el capitán

Lubik Ashe permanecía sumido en un hosco silencio.
De súbito, sucedió algo totalmente imprevisto para Ashe. Éste clavó sus ojos dilatados en el muro opuesto a aquel que miraba Ricky, justamente el que quedaba a sus espaldas.
¡Una compuerta de comunicación con los Niveles inferiores del WZ-6 estaba abriéndose lentamente!
Pudo haber gritado, haber avisado de algún modo a Dolphin. Pero eso sería lo último que haría Ashe en su vida, tratándose de su enemigo mortal. Ignoraba qué o quiénes iban a surgir por aquella puerta circular del muro. Pero, fuese lo que fuese, no podía resultar peor para él que el dominio de la situación que ejercía Ricky Dolphin, su captor.
Con estupor vivísimo, vio surgir primero algo así como una escultura negra, un cuerpo de mujer ceñido en goma brillante, que era toda una sinfonía de curvas prodigiosas.
Pero aquella escultura humana, rematada por un rostro seductor y exótico, de negra melena, empuñaba algo tan poco escultórico como era una pistola color cobre, de carga térmica, altamente destructiva. Y los enguantados dedos de la hermosa dama no parecían propicios a la vacilación o el temor.
Detrás suyo apareció un rostro ratonil e innoble.
Éste era un hombre enjuto pero alto y elástico, de afiladas facciones broncíneas y cabello de un rubio pajizo, ralo. También esgrimía un arma sumamente peligrosa: un cuchillo eléctrico, de hoja sinuosa, ondulada, y aguda punta.
Fue la voz de ella la que hizo girar en redondo, con un respingo de vivo sobresalto, a Ricky Dolphin. Habló, adelantando la mano armada con una firmeza ominosa:
—¡Levante sus brazos, señor navegante, o le pulverizo! ¡Ahora soy yo la dueña de esta nave, y mucho me temo que no vamos a ir precisamente a Venus!
Ricky Dolphin, fusil en mano, se encaró con ella.
Por un largo instante, se midieron con los ojos. El arma nuclear de Ricky estaba apuntando al suelo. Alzarla una sola pulgada sabía él lo que significaría: la muerte instantánea, solo con que ella oprimiera el gatillo. Cosa que parecía dispuesta a hacer en el acto.
Lentamente, Dolphin abrió sus dedos. El fusil nuclear golpeó sordamente el suelo.
—Bueno —rió Lubick Ashe, desde su asiento—. Parece que Rick Dolphin ha perdido la partida al fin...

CAPÍTULO VI

NADIA

Rick Dolphin contempló despacio a sus captores. Ashe, bajo la amenaza de sus armas, estaba respondiendo a las preguntas y refiriendo a su modo la historia de su enemistad personal.
La hermosa joven escuchaba atentamente el relato del capitán. Miró en dos o tres ocasiones, con la profunda y oscura agudeza de sus ojos oscuros al prisionero Dolphin.
Ricky no sintió la menor preocupación por esa mirada, Era una mujer enérgica y fría, pero no resultaba tan temible en apariencia como el viscoso personaje que la escoltaba, respondiendo al nombre de Datz.
Éste si le inquietaba. Parecía uno de esos tipos capaces de traicionar a su propio padre, si con ello obtenía beneficios. Cruel y dañino como una alimaña.
—Lamentándolo mucho, cabo Dolphin, va a cambiar el rumbo de esta nave —ordenó Nadia Tamer, tras una pausa, clavando sus pupilas en él—. No vamos ya a Venus.
—¡Es absolutamente preciso ir! —protestó Ricky—. ¡Hay varias vidas dependiendo de mi urgencia en llegar!
—Esas vidas me tienen sin cuidado, señor Dolphin — cortó en seco ella —. Hay cosas mucho más valiosas para mi, pendientes en este momento de nuestro rumbo. Y no voy a jugármelas por simples sentimentalismos.
—Será un asesinato colectivo —la acusó Ricky —. Y, tarde o temprano, yo la mataré a usted por eso.
Nadia Tamer pareció sorprendida de su audacia.
Le miró con mayor profundidad que nunca. Cuando habló, su voz era helada:
—Es muy audaz al decir eso. ¿Se da cuenta de que puedo disparar ahora mismo y dejarle convertido en un simple amasijo sin forma?
—Claro. Conozco las armas térmicas. Pero no me asusta usted. Dispare, si gusta. Pero, no dispare, y si continúo con vida, seré yo quien acabe con usted.
—Señora, déjeme darle una lección a ese insolente —pidió Wolfang Datz con avidez, pasándose la lengua por los labios, como si gozara pensando en lo que podía hacer a Dolphin. Mecánicamente, su mano acarició el mango de su cuchillo eléctrico—. Aún no conoce bien a Wolfang Datz, si habla de esa manera.
—Cierra el pico —atajó ella—. Si algo se hace aquí, seré yo quien lo disponga. Ya me ha oído, señor Dolphin. Cambie de rumbo.
Ricky la contempló, burlón.
—¿Sería usted capaz de manejar esta nave sin mi ayuda? —al observar la leve vacilación de ella, el casi inapreciable parpadeo de sus hermosas pupilas, amplió su sonrisa desafiante—. Ya veo que no. Ni su esbirro de cara de ratón tampoco. Pues bien. Me niego a obedecer.
—Le mataré —silabeó ella, adelantando el brazo armado—. Tiene

cinco segundos para decidirse.
—Ya estoy decidido. Elijo la muerte. Ahórrese contar. Luego, tripulen ustedes la nave. Y buen viaje, señora...
Hubo un denso silencio a bordo del WZ-6. Nadia Tamer parecía a punto de oprimir el gatillo. Pero en sus ojos leyó Ricky la falta de decisión. Supo que no dispararía. Necesitaba a un piloto espacial como él. Datz y la dama no sabían conducir una nave de mandos complicados, como aquélla.
—Parece muy seguro de ganar, ¿eh, señor Dolphin? —dijo despacio.
—Por supuesto —asintió él—. Si usted no sabe conducir, ganaré. Si sabe..., he perdido. Es como jugar una partida de poquer. El todo por el todo. Veamos sus cartas. Usted ya conoce las mías.
—Está bien. Paso —. Ella no separó ni una sola pulgada los ojos de él. No movió un músculo de su rostro—. Seguiremos hacia Venus. Pero, una vez allí, nos llevará adonde yo diga. O no me importará quedarme sin piloto. Entonces le mataré sin vacilaciones, Dolphin. Su victoria es sólo pasajera...
—No pacte con él, señora —dijo de pronto, con voz helada, Lubik Ashe—. Yo soy piloto espacial. Yo conduciré la nave. Puede matar a Dolphin o dejarle en mis manos.
Ricky se quedó rígido... Miró lentamente a Ashe.
—Siempre a favor de quien le conviene, ¿eh, Ashe? —silabeó.
—Hay que saber perder — sonrió Nadia Tamer con una mirada glacial —. El capitán Ashe se alia a nosotros. Ahora, ya no es usted necesario señor Dolphin. Buen viaje a la Eternidad...
Le apuntó con el arma térmica. Ricky, erguido, esperó la descarga fatal...

* * *

Un panel del muro se iluminó súbitamente de rojo. Una sirena interior comenzó a zumbar estridentemente, y Nadia Tamer bajó su arma, girando la cabeza, para descubrir el origen de aquel pandemónium imprevisto.
Dolphin fue el primero en descubrir la razón del mismo. Señaló frenéticamente hacia el tablero celeste luminoso y gritó roncamente:
—¡Miren! ¡Entramos en un campo de aerolitos! ¡Vamos a estrellarnos con alguno de ellos..., y a la velocidad de un millón de millas por hora eso significará la destrucción total, pulverizados en el vacío!
Se abalanzó sobre los mandos. Ashe trató de impedirlo, aferrándole con energía. Pero la voz tajante de Naria Tamer le frenó en seco:
—¡Quieto capitán! ¡Deje al piloto Dolphin que se haga cargo de la nave! ¡Soy yo quien manda aquí!
—Señora, él tratará de... —comenzó Ashe, con el rostro contraído por

el odio y la Irritación.
—¡Yo soy la que da órdenes! ¡Déjele operar en los mandos! — insistió ella.
Ricky Dolphin no había parecido dispuesto siquiera a esperar la decisión de la hermosa dama. Cayó sobre los tableros, reduciendo la velocidad máxima y comenzando a manejar los controles con una seguridad pasmosa, eludiendo los campos virtualmente minados del espacio entre la Tierra y Venus. Dolphin no había oído hablar de zonas de asteroídes, salvo entre la Tierra y Marte, y éste y Júplter, especialmente.
Aunque estrecha, sin embargo, la franja cuajada de piedras en órbita era considerablemente peligrosa. Las superpantallas de radar Iban marcando la proximidad de los grandes pedruscos del espacio, y los contadores automáticos señalaban en cifras rojas de peligro, sin que las luces de emergencia del muro se apagasen aún, la cantidad de millas y el punto exacto en que se hallaban las más próximas.
Así, Ricky iba conduciendo la astronave entre un auténtico diluvio de rocas flotando en el vacío, en un auténtico alarde que salvaba todos los mortiferos impactos que pudieron haber sufrido, de no mediar su diestra y rápida mano y su cerebro calculador y preciso.
Los otros tres ocupantes de la nave no se movían. Una total rigidez les acompañaba, mientras eran testigos del escalofriante vuelo a través del cielo cuajado de auténticas minas, capaz cualquiera de ellas, con un solo roce sobre el fuselaje, de triturarles sin remedio.
Una de ellas fue registrada demasiado tarde por el radar. La cifra apuntada en el contador automático fue tan corta que Ricky lanzó una interjección..., y le pegó un fuerte empellón a los mandos. Luego gritó, tirándose a tierra:
—¡Cuidado! ¡Creo que chocaremos sin remedio! El cohete entero se bamboleó. Fue como si una mano titánica le zarandease de pronto, arrancándole de su trayectoria normal. Los cuatro ocupantes rodaron, rebotando de muro en muro, mientras un cuerpo enorme, opaco y duro, de aristas iluminadas por la lechosa y distante luz de Venus, apenas un círculo centelleante y diminuto en la lejanía, pasaba raudo, rasgando el vacío negro y eterno, ante el morro del WZ-6.
El choque se evitó acaso por un par de millas. Ni una pulgada más. El impulso del aerolito provocó la sacudida violenta de la nave, desviada brutalmente de su ruta.
Ricky Dolphin rodó sobre el suelo esponjoso, pegó en los muros, acá y allá, hasta caer sobre alguien. Contempló muy de cerca los ojos oscuros, profundos, de Nadia Tamer.
La espía, tendida bajo su cuerpo, incapacitada para defenderse, con el brusco bamboleo de la astronave, se deslizó hacia las palancas de emergencia, llevada por el violento vaivén.

Dolphin advirtió que iba a chocar con el cráneo en ellas. Las palancas eran de acero, y la fuerza de la oscilación a bordo tan considerable que, sin poderlo evitar, se produciría el impacto. Posiblemente mortal, si ella no tenía una gran suerte en el choque.
Se decidió instantáneamente.
Dolphin brincó furiosamente por encima de ella, hasta anticiparse a su caída. Alcanzó las palancas, sujetándose a ellas rabiosamente con ambas manos, entre giros alocados de la nave sin rumbo. Nadia golpeó fuertemente contra sus piernas. De ser éstas las palancas que quedaban detrás, la muchacha hubiera muerto en el acto. No había tenido suerte en la caída.
Dolphin la salvó. Luego, ya arrinconada la muchacha en el punto peligroso, Rícky brincó, aferrándose a los mandos. Se hizo con ellos con un titánico esfuerzo. Logró reanudar el vuelo normal, salvando los últimos escollos flotantes del vacio.
De nuevo aceleró, hasta el millón por hora. La astronave se situó en ruta hacia Venus. El vuelo se normalizó totalmente. Los aerolitos mortiferos quedaron atrás.
Ricky Dolphin respiró hondo, inclinado sobre los mandos, sin otra preocupación que llevar a buen puerto el arriesgado bajel de los cielos.
—¿Por qué lo hizo? — preguntó una voz junto a él, pegada a su oido.

Ricky no se volvió. El aliento cálido de ella le rozó la oreja y la mejilla. Sintió un estremecimiento. La carne cálida de la joven, bajo la malla negra, tocó su brazo.
—¿Por qué hice el qué? —preguntó él a su vez, siempre mirando adelante.
—Salvarme la vida.
—¿Lo ha advertido?
—Sí. Me hubiera destrozado la cabeza contra aquellas palancas. Usted lo evitó, corriendo el riesgo de ser quien se golpease mortalmente. También ha evitado un choque mortal. Pero, sobre todo, me pregunto por qué me salvó a mí. Yo iba a matarle antes de ocurrir esto.
—Ya lo sé. Pero yo no tengo motivos para matarla a usted.
—Dejarme morir no era matarme.
—Para mi conciencia, sí. Tenía que impedirlo.
Ahora haga usted lo que quiera. Sigue siendo la que gana las bazas.
Nadia le contempló sllenciosamente, por encima del punto de mira de su pistola. Luego, se volvió despacio a los que ya se incorporaban, lamentándose de los fuertes golpes recibidos. Datz se tocaba la nuca dañada. El capitán Ashe contempló con ojos helados a Dolphin.
—Ya puede quitarse de ahí, Dolphin —dijo—. Yo ocuparé los mandos

de la nave. Y usted, señora, puede disparar. No necesitamos a ese hombre.
—Si lo prefiere, yo puedo ocuparme de él —silabeó Datz, fríamente, acariciando la empuñadura eléctrica de su cuchillo ondulante—. Será un placer hacerla funcionar. No lo utilizo desde el hangar y...
En el acto se dio cuenta Wolfang Datz de su error. La cabeza de Nadia Tamer giró vivamente bacia él. Sus ojos relampaguearon peligrosamente.
¿Eh? —saltó—. ¿Qué has dicho, Datz?
—No, nada..., yo…
—¡Usaste tus malditos cuchillos en la Base! ¡Seguramente mataste a los guardianes del hangar, por eso lo resolviste todo tan fácilmente!
—Bien, y aunque así fuera —Wolfang la miró con desafio—. ¿No alcanzamos nuestro objetivo?
—¡Maldito asesino, cobarde rata criminal y sanguinaria! —chilló Nadia Tamer, con violenta ira—. ¡Siempre has de apelar a las mismas artes para obtener algo! ¡Esto va a costarte muy caro, Datz! ¡Irás a la cámara del gas por los crímenes cometidos en la Base! Yo me encargaré de que sea así.
Wolfang Datz se humedeció los labios. Una mirada de avieso terror a su jefe femenino acogió la amenaza. Pero no se atrevió a replicar ni a decir nada.
Ashe, tras la tormentosa escena, InsIstió:
—Ese Dolphin aún vive. ¿Va a terminar con él o no. señora? Si lo prefiere, yo puedo ocuparme de él. Lo haré gustosamente.
Dió un paso hacia Ricky, acercando la mano al fusil atómico. La voz de Nadia sonó como un trallazo en los oídos de todos:
—¡No toque eso, capitán! ¡Que nadie intente nada por su cuenta! ¡Aquí soy yo quien da órdenes, no lo olviden!
Ashe se detuvo con la mano engarfiada en el aire. Miró con vivo estupor a la joven. Ella le alejó del arma lentamente. Luego, Ashe interrogó vacilante:
—¿Qué es lo que hace? ¿No va a disparar sobre él?
—No. No voy a disparar — fue la respuesta—. Ni siquiera se si hubiera disparado antes, cuando los aerolitos surgieron tan inesperadamente. Yo no asesino a las personas, como parece gustarles a ustedes.
—Bien —jadeó Ashe, desconcertado—. Al menos, reducirá a ese hombre, le hará su prisionero...
—Ya es mi prisionero. Un prisionero que me ha salvado la vida, capitán Ashe —explicó ella lentamente—. Un prisionero que sigue conduciendo el WZ-6 por el espacio.
—Pero yo puedo conducir ahora. Regresaremos al punto que usted señale...
—No. Seguiremos a Venus, conforme se dijo. Y será él quien pilote la

nave, capitán.
—¡No puede hacer eso! —chilló él—. ¡No puede permitir que Dolphin siga libre, o terminará capturándonos a todos!
—No creo que lo haga. Y, desde luego, puedo tomar la decisión que mejor me apetezca, capitán. Recuerde una vez más que yo soy quien manda aquí. Vamos a Venus, Dolphin.
—Gracias —dijo él lentamente, mirándola con fijeza—. Gracias, señora...
—Me llamo Nadia. Nadia Tamer.
—Le prometo volver luego adonde usted indique, Nadia.
—¿Aunque yo sea una traidora, una espía enemiga que pretende apoderarse del WZ-6, para una potencia militar extranjera que no es la suya, Dolphin? — sonrió ella.
—Aun así —asintió firmemente Dolphin—. Es un pacto, Nadia. Un pacto entre usted y yo. Después de todo, el cargo de traidor es el único que me falta por coleccionar. No me podrán aumentar las penas de muerte mucho más, si se lo añado a los restantes.
—Hay pocos hombres que me agraden, Dolphin. Pero usted es uno de ellos. ¿Sabe por qué?
—No lo sé. Supongo que porque le he impedido chocar con esas palancas — sonrió él.
—No. No es eso. Usted es audaz, fuerte..., y posee sentido del humor. Le admiro, Ricky Dolphin. Y eso me hace sentirme casi su amiga.
—Se puede ser amigo, dentro de los diferentes campos en que se milita. A usted y a mí nos separa esa pistola suya. La buena amitad de dos personas puede ser más fuerte que una pistola. Usted me perdona la vida. Estamos en paz. Usted me permite ir a Venus para tratar de ayudar a mi prometida, para saber qué ha sido de ella... Eso le tengo que agradecer, Nadia. Mucho mas de lo que haría falta para iniciar una amistad duradera entre ambos. Al menos, que dure hasta que a uno u otro nos lleven ante el Tribunal Militar.
— O a los dos —rió Nadia alegremente.
Ricky la miró y también se echó a reír.
El WZ-6 siguió su vuelo vertiginoso, el primer vuelo del ser humano a la velocidad de aquella nave, rumbo a Venus.
En un rincón de la nave, dos hombres, contrariados y atemorizados, cambiaron una mirada larga y significativa, entre tanto Wolfang Datz y el capitán Lubik Ashe, a espaldas a Nadia Tamer y de Dolphin se miraron. Con una mutua simpatía sumamente peligrosa.
Luego, Ashe susurró, en voz inaudible, salvo para el propio Datz:
—¿Está dispuesto a unirse conmigo contra esos dos? Puede irle la vida en ello, Datz.
El hombre de rostro ratonil vaciló, con evidente miedo. Tragó saliva. Luego, muy despacio pero resueltamente, afirmó con la cabeza, e hizo

un gesto que daba a entender su aprobación.
Un riesgo siniestro se empezaba a cernir sobre Dolphin y la mujer espía, sin sospecharlo ninguno de ellos. Nada peor podía ocurrir, salvo que dos hombres de la despiadada y cobarde condición de aquéllos, se unieran contra los otros viajeros del vehículo interplanetario.

CAPÍTULO VII
VENUS

Ricky Dolphin contó las tabletas de vitaminas comprimidas y las píldoras hidrogenadas para calmar la sed. Eran los alimentos del espacio que nunca provocaban alteraciones orgánicas en los navegantes.
Luego de repartir Nadia Tamer las raciones correspondientes a todos los viajeros del WZ-6, los ojos de la mujer fueron a las pantallas televisoras, donde se veía ya muy destacado el disco brillante, amarillento y brumoso de Venus.
—Venus... —musitó la hermosa espía, con gesto reflexivo—. Un mundo enigmátIco, ¿Eh, Dolphin?
—Sí. Todo es posible, al parecer, tras su capa densa y carbónica. Es un mundo cálido, pantanoso y pobre, según los primeros informes de VE-1-003.
—¿VE-1-003? —se intrigó ella—. ¿Y qué significa eso?
—La primera emisora a distancia enviada a Venus. La llevaba la primera expedición científica llegada al planeta. En esa expedición iba Sandra Qualer, mi prometida, y como jefe de grupo, el notable profesor Werner Klaus, una eminencia en Astronaútica, Zoología y Biología planetarias.
—Entiendo. ¿Qué les ocurrió allá arriba?
—Los conceptos de «arriba» y «abajo», en el Cosmos, son un poco relativos. Virtualmente, no existen, aunque a nosotros, por prejuicio, siempre nos parezca «arriba» todo lo lejano a la Tierrra —sonrió Dolphin—. Pero si se refiere a lo que sucedió en Venus, le diré que es un absoluto misterio.
—¿Es que no lo sabe? — se sorprendió ella.
—No. Nadie lo sabe. De pronto, la emisora ha dejado de transmitir. Hace tres semanas enviaron una nave de investigación, tripulada por especialistas. Tampoco ésta ha dado señales de vida.
—Tengo entendido que Venus es un planeta tormentoso, ¿no es cierto?
—SI, lo es. Como Marte, se encuentra sometido al constante riesgo de grandes borrascas, que en nuestro mundo serían pavorosos

cataclismos, que barren sus superficies agonizantes. Pero ellos iban preparados contra todo eso, al menos en teoría. Y hay un segundo factor extraño: después de llegar la segunda expedición, e incluso días antes, no se ha registrado alteración atmosférica alguna en Venus, siguiendo una calma sorprendente al caos meteorológico anterior. No hay explicación para la ausencia de noticias.
—¿Está poblada Venus?
—Al parecer, sólo por dos variedades animales: cefalópodos que pululan en las aguas fangosas de sus pantanos, y grandes animales, como los de la prehistoria terrestre, especie de mamuts y dinosaurios, en sus llanuras y montes boscosos, pero todo esto según deducciones del profesor Klaus, recibidas por radio los primeros días, a excepción de la presencia de cafalópodos, totalmente demostrada y analizados por los equipos técnicos.
—¿Y el aire?
—Mortífero para el hombre. Se precisa el aire comprimido o el oxigeno transportado, porque la atmósfera venusina, es rica en dióxidos carbónicos, totalmente letales. El aire es irrespirable.
—¿Usted conoce el lugar exacto donde se posó la nave de su prometida y los demás?
—Si. Conozco la longitud y latitud del mismo, según los mapas de Venus trazados en la Tierra. Podemos tomar tierra venusina en el mismo punto que ellos lo hicieron. Es elemental en un piloto espacial, o los viajes terminarían en hemisferios diametralmente opuestos a los que se pretende. Hacemos el cálculo de tiempo y de movimientos de traslación y rotación, las desviaciones por influencia gravitatoria solar o de otros cuerpos astrales mayores, y el resultado de todo ello marca el punto de destino.
—¿Qué teme que les haya ocurrido?
—No sé. Dicen que poco antes de silenciarse la Emisora VE-1-003, hubo una amenaza.
—¿Una amenaza? —las cejas de Nadia se enarcaron sobre sus fantásticos ojos—. ¿Qué clase de amenaza? ¿Extraterrestre?
—No, no —rió Dolphin—. La existencia de seres inteligentes en Marte o Venus no pasa de ser pura teoría. Al parecer, en Marte hubo civilizaciones poderosas en un pasado remoto. Tan remoto, que sólo ruinas similares a las de los mayas, los aztecas o los egipcios en la Tierra, han sido halladas. En Venus, ni siquiera eso. No hay más que pantanos. Agua fangosa, limo, líquenes y vegetación acuosa. Nadie capaz de decir a la Tierra: «Vamos a destruir vuestra base venusina. Retirad de Venus a la expedición VE-1-003, o en pocos días desaparecerán para siempre».
—¿Eso fue lo que les dijeron?
—Más o menos, en esos términos. No se ha conocido el origen de la

emisión. No se supo de dónde llegó, ni volvió a repetirse. Se pensó en una broma de mal gusto. Pero luego, al suceder esto, la inquietud se ha apoderado de un sector de los centros oficiales. Se ha pensado en una potencia adversaria... acaso la suya, Nadia.
—Nosotros nada sabemos de esa expedición a Venus. Es la primera noticia que recibo. No tendría por qué engañarle, Dolphin.
—Gracias. Lo creo. Y eso mantiene el misterio en pie. ¿Quién amenazó? ¿Por qué y desde dónde lo hizo? ¿Cómo silenciaron la emisora venusina? ¿Qué ha ocurrido con los expedicionarios? Es lo que hace falta aclarar. Pero a mi sólo me preocupa una cosa.
—Sandra Qualer, ¿verdad?
—Sí.
Hubo un silencio. Los ojos de Nadia volvieron a las pantallas fluorescentes en las que la imagen de Venus —la misma que podían contemplar, mucho más reducida y lejana por los grandes miradores de proa— ampliada y borrosa, aparecía como una incógnita viva, como un enigma flotando en los espacios, rodeados de aquella polvorienta masa espesa, de aquella atmósfera de impenetrables nubarrones tóxicos.
Pero Venus, con su redonda y amarilla efigie perdida en la negrura eterna del infinito, no iba a revelarle nada. Una efigie muda y pétrea, asentada sobre los pilares prodigiosos del equilibrio y armonía universales. Detrás de aquella borrosa atmósfera, acaso estuviera la explicacIón del misterIo que buscaba Ricky Dolphin e intrigaba a Nadia Tamer.
—¿Qué distancia nos separa ya de ese mundo fantástico, Dolphin? —preguntó Nadia.
Ricky computó las esferas graduadas de a bordo, e hizo un rápido cálculo.
—Llevamos media jornada de viaje. Dentro de doce horas, alcanzaremos Venus. Doce millones de millas nos separan de su superficie.
Nadia no dIjo nada. Cambió una mirada pensativa con Dolphin. Al volverse, descubrió a Wolfang Datz, sentado junto al capitán Ashe, que dormitaba con la cabeza apoyada en el muro acolchado de la nave.
—¿Qué haces ahí? —preguntó—. Apártate de ese hombre Datz. No me gustas tú, pero menos aún me gusta él. Ashe es un maniaco peligroso, un ser que goza con el mal ajeno.
Ashe fingió no oirla. Sin embargo, la vibración leve de sus fosas nasales reveló a Dolphin que el militar no estaba tan inconsciente como fingía. En cuanto a Wolfang, se apresuró a ponerse en pie, de un salto simiesco, y arguyó débilmente.
—Señora, me duele esa desconfianza. Yo siempre fui leal a las

órdenes.
—Porque no tuviste ocasión de ser desleal, maldito bribón.
—Tal vez sea usted quien está a punto de cometer un serio error de deslealtad. Piense que esperan esta nave en nuestras bases. Permitir que ese loco vaya a Venus es correr un riesgo tremendo. ¿Por qué tiene que seguir sus caprichos, señora?
—Yo hago lo que quiero, Datz. Vamos a Venus.
Siempre estamos a tiempo de regresar después. Si sigo viviendo, se lo debo a esa hombre. Por tanto, haré esto en su favor.
Wolfang Datz no dijo nada. Los ojos de Ashe se entreabrieron levemente, cambiando una mirada rápida, casi inapreciable, con Datz. Éste inclinó la cabeza.
Ambos rufianes se entendían. Estaban de acuerdo secretamente. Nadia había intuido algo por un momento, pero no llegó a sospechar lo que se incubaba en las dos retorcidas mentes. Ni tampoco Dolphin, cuyos pensamientos en su totalidad, se anticipaban incluso a la vertiginosa marcha del WZ-6, para llegar a Venus, y penetrar en sus nieblas mortíferas, en un vano intento imaginativo por rasgar los velos del misterio planetario.

* * *

Los dedos de Wolfang Datz tabalearon sobre el metal, muy suavemente. En el lenguaje Morse fue desgranando palabras lentas:
«¿Cuándo… intentamos... el golpe... para... dominar... la situación?».

Al otro extremo de la cabina, Lubik Ashe dormía.
O lo fingía bien, mientras Nadia Tamer dormía de verdad, tras recibir la palabra formal de Dolphin de no aprovechar su sueño para cambiar las tornas. Dolphin, se mantenía con los ojos fijos en la pantalla, sin cejar por ello en la vigilancia de Ashe.
Los nudillos de Lubik tabalearon ahora sincopada, rítmicamente, en forma casi inaudible para Ricky. La respuesta a la pregunta de Datz, le llegó a éste mientras el ratonil espía estaba fingiendo una abstracción total en la contemplaeión del negro espacio salpicado de luces remota.s, a través de los ventanales de proa:
«Justamente... al momento... de posarnos... sobre Venus. Paciencia.»

Datz suspiró, inclinando la cabeza. Era un modo de asentir. Miró su reloj. Faltaban solamente tres horas. Tres millones de millas, y el WZ-6, se posaría en el planeta, si la operación salía bien.
Datz había seguido fingiendo lealtad a Nadia, incluso tras el pacto de ésta con Dolphin. No volvió a acercarse a Ashe, ni a intentar contacto alguno con él para no despertar sospechas. Pero el espía estaba

seguro de que Nadia, que aborrecía la forma violenta de matar, que jamás asesinó a nadie en sus misiones secretas, le denunciaría como doble criminal nada más regresar a la Tierra.
En la mente de Datz, ahora, había una idea fija: Impedir que ella regresa a la Tierra. Ashe también deseaba lo mismo respecto a Ricky Dolphin. Por eso se unían tan fácilmente los intereses de los dos canallas, en un tácito y silencioso pacto que llevarían hasta sus últimas consecuencias, por encima de todo.
Minuto a minuto, hora tras hora, el WZ-6 avanzó... avanzó... hasta alcanzar la densa masa de nubes, en torno a Venus.
—¡Llegamos! —gritó Ricky Dolphin, con voz aguda, sujetando los mandos y oprimiendo el «antigravitacional» para contrarrestar artificiamente la fuerte gravedad venusina que tiraba de ellos como un titán, hacia el interior de las brumas—. ¡Estamos sobre Venus!
Nadia Tamer se irguió de un brinco. Ashe y Datz pegaron sus rostros ansiosos a los grandes miradores. En las pantallas televisoras, solamente la espesa niebla era visible, como algodón densísimo, flotando sobre Venus.
Ricky Dolphin pulsó con mano firme, maestra, los mandos de la nave. Avanzó, vertiginoso. Hendió la bruma, cual que si rasgara un velo pudoroso.
La acerada y punzante proa del WZ-6 perforó la niebla. Empezó la violenta, sibilante y estremecedora fricción de la nave con la atmósfera, sólo contrarrestada por la poderosa caparazón metálica antirefractaria, en un descenso en vertical sobre la superficie venusina.
Funcionaron los frenos internos de la nave, evitando la caída de sus ocupantes con la tremenda aceleración. Dolphin pulsaba el resorte de la descompresión para evitar cualquier accidente, por la entrada en contacto con atmósfera exterior, y para ir adaptando los organismos al próximo contacto con un suelo planetario, bajo una atmósfera densísima, y en un mundo donde cada cien libras terrestres pesarían exactamente ochenta y cinco, por la diferencia de masa, peso y volumen entre ambos planetas. Además, la densidad atmosférica, si lograban alcanzar sin novedad la superficie venusina, también jugaría su importante papel, pesando sobre las espaldas de los viajeros espaciales.
De súbito, las luces del radar se encendieron con vivas y rápidas intermitencias. Ashe, Datz y la hermosa Nadia, miraron hacia las oscilantes luces con preocupación. Dolphin advirtió con voz seca:
— ¡Cuidado! El radar señala la distancia que nos separa del suelo firme. Estamos justamente a ocho millas sobre el suelo, y descendemos ahora a la mínima velocidad posible, en diagonal... Las luces irán señalando la reducción en millas, y finalmente en yardas...

Manténganse quietos... Vamos a descender pronto en Venus...
Los ojos de todos se fijaron en las intermitencias lumínicas. El radar iba señalando las millas en una pantalla fluorescente, con rápidas oscilaciones. Fueron contando, a razón de milla por minuto:
—Ocho... siete... seis... cinco... cuatro...
La nave redujo más aún la velocidad. Con intermitencias de minuto y medio, marcaban las pantallas del radar la reducción de distancia.
La cuenta terminó. Empezaron a circular rápidamente las yardas por el contador del radar. El suelo venusino se acercó a ellos. Ninguno de los compañeros de Ricky Dolphin en la alucinante travesía, despegó los labios ni volvió a mirar a la cuenta decreciente.
Las pupilas, fijas en la superficie de Venus, entre una atmosfera brumosa pero ahora transparente, descubrían el enigma del planeta nunca visto.
Ricky también contempló absorto, sin dejar de la mano las difíciles y precisas maniobras de aterrizaje —aunque la palabra no fuese adecuada para posarse en Venus; la costumbre impedía a Dolphin pensar de otra manera—, el panorama increible de Venus.
Grandes extensIones llanas, de color ocre, se veían salpicadas de amasijos violáceos. Una coloración fantástica, increible, de vegetales entre rojos y grises, se entrecruzaban por en medio de grandes zonas aparentemente sólidas, pero que de súbito comenzaron a agitarse con la presencia de enormes y rojos saurios escamosos y de reptiles insospechados.
Eran pantanos, zonas fangosas, de engañosa apariencia, en el que chapoteaban animales propios de la era prehistórica terrestre. Un monstruo, parecido a un dinosaurio terrestre, comenzó a reptar bajo la nave, cuando descubrió a ésta. La fauna asombrosa de Venus, al igual que la antediluviana de la Tierra, era de grandes dimensiones y aspecto temible. Pero jamás el hombre, desde su extinción total en el mundo, habia visto tales ejemplares moviéndose sobre una tierra como aquella, extrañamente coloreada y fantásticamente poblada de las más singulares e irreales vegetaciones. El color de la atmósfera venusina era translúcido, opalescente, y el cielo ofrecía un tono gris plomo agobiante.
Así era Venus. El barro del planeta pantanoso bullía bajo los cuerpos de los saurios, a quienes volvía a engullir, cuando éstos se aterrorizaban por el zumbido de los potentes fotones de la nave terrestre.
En la escala graduada del rumbo y destino trazado por Dolphin, parpadeó una luz verde. Estaba justamente sobre el lugar elegido.
Miró abajo. Se hallaba a menos de un cuarto de milla de distancia de la superficle venusina. Descubrió un páramo desierto, en medio de los pantanos que cercaban el lugar.
Entre macizos de vegetación color lila, increíblemente hermosa, se

alzaba una edificación prefabricada, a base de planchas metálicas, centelleantes a la luz tibia del sol. Pese a la proximidad de éste con respecto a Venus —dos tercios con relación a la Tierra—, la mayor pesadez y densidad de la atmósfera, le situaban mucho más débil y apagado en el firmamento plomizo.
—¡Allí! —señaló Dolphin frenéticamente—. ¡Aquella casa es la de la expedición terrestre VE-1-003! ¡Allí tenían que estar Sandra y los demás!
—No se ve nada —dijo Nadia lentamente—. Ni personas, ni astronaves ni nada que demuestre presencia humana, salvo esa edificación...
Ricky asintió. Le latía el corazón con fuerza.
Una sequedad angustiosa pegaba sus labios y convertía su boca en algo pastoso y molesto. No apartaba los ojos de la extensión rectangular y amplia, rodeada de pantanos, Allí todo era terreno firme. Debieron posarse en él, las naves terrestres anteriores. Ahora se posaría él.
Jamás intentó un aterrizaje en parte alguna, con una nave como el WZ-6. Pero tampoco intentó nunca surcar veintiséis millones de millas en un dia, y lo había conseguido.
—¡Atención todos! —avisó roncamente—. ¡Vamos a posarnos sobre Venus! ¡No se muevan!
La nave empezó a descender ya sobre su improvisada pista de aterrizaje. Venus creció, creció ante ellos, a medida que se aproximaban más y más... Nadia Tamer entornó los ojos, asustada por la prueba.
Datz y Ashe cambiaron una rápida mirada. Era su momento. Iba a serlo dentro de unos segundos. Justamente los que tardaría Dolphin en tocar tierra de Venus.
El WZ-6 entró en contacto rápido y suave con la tierra del planeta desconocido cuando Dolphin logró la total verticalidad, proa al cielo. Luego, descendió, y los tubos fotónicos de su base circular, se posaron, con un último rugido que despidió violentas llamaradas contra el suelo, agitando la terrosa superficie venusina en aquel paraje.
Apenas una sacudida, menos violenta de lo prevIsto, agitó a los cuatro personajes. Luego, el vehículo de los espacios siderales, el fantástico proyectil plateado que surcara millones de millas en las escasas horas de una jornada jamás vivida por ser alguno hasta entonces, se quedó quieto.
Estaban en Venus.
Simultáneamente, Datz cayó sobre Nadia, al tiempo que Ashe golpeaba con violencia su brazo. La pistola térmica cayó de los dedos de la joven, sorprendida por el ataque bien calculado y realizado.

Ricky Dolphin, se volvió al oír el grito de la joven. Enseguida descubrió lo que ocurría. Intentó saltar felinamente sobre los atacantes.
Era tarde. En la mano firme de Ashe, la pistola térmica le apuntó sin la menor vacilación, en tanto Wolfang Datz golpeaba en la nuca a Nadia, derribándola sin sentido al suelo acolchado.
—¡Quieto, Dolphin! —rugió Lubik Ashe con voz acerada, delirante de odio—. ¡Ahora sí que se han cambiado los papeles... y soy yo el amo de la situación!

CAPÍTULO VIII
EL ENIGMA

Cuando la puerta circular de la nave se abrió, salieron los cuatro viajeros. Ricky Dolphin, jamás hubiera esperado que al pisar Venus lo hiciera en tales circunstancias.
—Casi me he habituada a sentir una pistola contra mis costillas —declaró con amargo humorismo, al pisar la tierra amarillenta de Venus—. Pero prefería a Nadia Tamer para tal menester, capitán Ashe.
Los microaurliculares de las escafandras espaciales hicieron llegar el sonido de su voz hasta Lubik Ashe. El militar se limitó a mirarle fríamente a través del cristal irrompible qe su casco, dentro del cual respiraba el aire comprimido de sus depósitos posteriores.
Eran un extraño espectáculo aquellos cuatro personajes, como cuatro seres fantásticos de cuerpo brillante, y cabeza fulgurante y redonda. La atmósfera nociva de Venus, cuyos análisis dieran una alta cantidad de dióxido carbónico y una dosis ínfima de oxígeno, les hubiera aniquilado en escasos minutos, de pisar su suelo sin esos trajes y esscafandras. Ashe vestía el traje rojo, Datz el verde, Nadia el azul, y Ricky el amarillo. Les cuatro constituían un multicolor, fantástico grupo extraño sobre una tierra también extraña.
Ricky miró en derredor el panorama venusino, desolado y triste, sombrío y grís. Un aire frío, hosco, agitaba la vegetación lívida, de colores fascinantes y raros. En la distancia, ululaba el viento entre rocas de singular configuración pelada y lisa. Los microauriculares repetían ese sonido con un escalofriante tono metálico, que aún aumentaba su inquietante tonalidad ominosa.
—¡Un dinosauro! —jadeó Datz, atemorizado, señalándolo—. ¡Mire, Ashe, que monstruo!
El capitán no vaciló. Su pistola térmica se apartó un instante de Ricky, y lanzó una llamarada cárdena sobre el apocalíptico ser del pantano.
Un aullido estremecedor, que hizo temblar la tierra, acogió el impacto mortífero, llameante de la carga térmica sobre el escamoso lomo del animal. Se agitaron titánicamente las aguas fangosas, en un surtidor

espantoso, aterrador. Una cola descomunal, como no existía en la Tierra desde un millón de años atrás, sacudió el aire cargado, brumoso, antes de que el cuerpo del animal, con un rugido estremecedor, se hundiera en el fango, dejando tras si unas burbujas gigantescas y un rastro de humo de su calcinado cuerpo.
—No era necesario matarlo— avisó Ricky sordamente —. Es un animal que nos miraba curiosamente. Nada más. Espero que ese disparo no le provoque dificultades en el futuro, capitán.
—Usted cierre el pico —farfulló Ashe—. ¿Es que va a ser ahora defensor de esas bestias atroces?
—Conozco a bestias peores, capitán — observó Dolphin con sequedad.
No se cambiaron más palabras, pero los ojos de Lubik Ashe centellearon peligrosamente. Siguieron avanzando en hilera por el páramo rectangular donde se posara el WZ-6. Delante iban Ricky y Nadia, bajo la amenaza de las armas de Datz y Ashe.
La joven espía cambió una mirada de reojo con Ricky, y comentó en voz baja:
—No irrite demasiado a esos hombres, Dolphin, son peligrosos. Muy peligrosos...
—¡Usted cierre el pico, estúpida! —chilló ahora Wolfang Datz, que parecía haber perdido todo su servil respeto a su superiora—. ¡Nadie debe hablar en voz baja, o les haré arrepentir a los dos! ¡Ashe, no les deje hablar entre ellos!
—Ya lo han oído, amigos—rió Ashe—. A Datz no le gustan los cuchicheos. A mi tampoco. De modo que a callar y no andarse con secretillos.
Ricky siguió adelante. Estudiaba el lugar con suma atención, en busca de alguna pista, de algún rastro que le indicara lo sucedido a la expedición que desapareció en Venus, después de silenciarse su emisora. A pesar de la precaria situación propia, Dolphin no pensaba en sí mismo, sino en Sandra, y en lo que pudo ocurrirle allí.
Era extraña la soledad absoluta del lugar, el abandono de un único rastro de la presencia humana en Venus: aquella casa o pabellón prefabricado, que dejaron allí como muestra de que estuvieron en el planeta. Pero habían desaparecido totalmente. Y con ellos sus naves.

Venus no poseía satélites. Podían haber remontado el vuelo, ciertamente, forzados por algún imprevisible peligro. Pero no comprendía que peligro podía ser éste, salvo la vecindad, siempre peligrosa, de los monstruos pantanosos. Y eso no explicaría una fuga tan fulminante, ni un silencio tan absoluto, ya que la emisora portátil podía funcionar desde cualquier parte del planeta.
—¡Alto! —ordenó Ashe, una vez ante la edificación rectangular de

muros metálicos—. Usted, Datz, entre ahí a explorar. Si no hay novedad entraremos. Yo guardo a los dos presos.
Ricky siguió con mirada pensativa a Datz. Pronto le vio regresar, con gesto apacible.
—No hay nadie —dijo Wolfang lentamente—.
Está vacío y sin impedimenta de ninguna clase. Debieron de hacer bien sus equipajes antes de dejar esto así...
El ceño de Dolphin se afirmó. Aquello cada vez tenía menos explicación. No lograba entender el misterio de Venus. Si al menos estuviera libre, si fuese dueño de sus actos, pero sería difícil, por no decir imposible, salvar la estrecha y recelosa vigilancia de sus captores. Éstos sabían que tanto él como Nadia Tamer eran peligrosos, y no cederían un ápice en su vigilante tensión. Incluso durante la noche venusina, que forzosamente había de llegar, y que tal vez fuese de una duración de dos tercios de la terrestre, al igual que otras proporciones Tierra-Venus, como el año, por ejemplo, que era de 0'62 con respecto a la unidad terrestre, era seguro que Datz y Ashe se turnarían en la vigilancia de sus dos cautivos.
Entraron en el edificio rectangular, cuyas dimensiones eran de unos veinte pies de largo por catorce de ancho. Techo y muros metálicos, acolchados por dentro, constituían un buen refugio para cualquier expedición. ¿Por qué estaba vacío, por qué seguía allí erguido, como único rastro del paso de Sandra y de los demás?
—Siéntense —señaló Ashe el suelo, con el cañón de la pistola—. Los dos. ¡Y enseguida!
Obedecieron. No podían hacer otra cosa. Ricky ayudó a Nadia a sentarse, y por ello recibió un brutal patadón en la espalda. Miró aviesamente a su atacante. Era Datz, que mostraba sus dientes en una maligna mueca.
—¡Sin ponerse demasiado cerca! —amenazó el rufián—. No quiero jugarretas...
Se tumbaron, distanciados entre sí cosa de un par de yardas. Dolphin miró a Datz y a Ashe, viendo que hablaban entre sí. No se hacía demasiadas ilusiones sobre su suerte. Si aún vivían, y no habían sido rápidamente reducidos a pavesas como el animal gigantesco de Venus lo fuera poco antes, no era por magnanimidad de los captores, sino porque estos deseaban concederles una larga agonía antes de reducirles a la nada.
Datz odiaba a Nadia. Ashe le odiaba a él. Y ambos eran dos seres vengativos, el uno por bajeza y el otro por insanía mental. Igualmente crueles y despiadados ambos.
—Esto no me gusta. Ashe — dijo Datz roncamente, mirando en torno con aprensión—. Es un planeta feo y amenazador. Me sentiría mejor lejos de él. ¿Por qué no nos vamos?

Ashe dijo:
—Ahora nos iremos, Datz. Tenía curiosidad por pisar un mundo extraño como éste, Y también me gusta ver cómo sufre nuestro buen amigo Dolphin. ¿No ves con qué angustia busca en derredor? Tal vez se siente abatido porque ni siquiera encuentra rastro de sangre de su amado cadáver. Vamos. Dolphin, no me haga reír. ¿Cree que después de caer en las mandíbulas de un bicho de ésos puede nadie dejar rastro alguno?
— ¡Cállese o...! —rugió Dolphin con virulencia, irguiéndose de un brinco felino y lanzándose sobre Ashe a la desesperada—. ¡Le mataré por eso que ha dicho, perro cobarde!
Era una furia lanzada sobre el capitán. Éste, fríamente, alzó el arma y la plantó ante si. Ricky se detuvo, con el cañón clavado en su pecho. Lenta, duramente, habló Ashe:
—No haga tonterías. Dolphin. Puedo matarle ahora. Pero no lo haré. Sería demasiado agradable para usted este final. Le reservo algo mucho peor. Y eso será más adelante. Mucho más adelante, Dolphin. Déjeme disfrutar con su agonía... Me divierte mucho.
Era un ser demoníaco, un monstruo de maldad y de demencia. Ricky, lentamente, se fue echando atrás. No. No se dejaría matar, ni siquiera siendo «agradable», como decía sarcásticamente su verdugo. Mientras viviese, tenía una esperanza, aunque remota. Muerto él, Nadia estaría sola en poder de aquellos dos canallas. Y su suerte, siendo mujer y hermosa, tras ciertas miradas que él captara en Ashe durante las últimas horas, no resultaría muy agradable.
En el exterior de la edificación se percibía el chapoteo de los pantanos próximos, sacudidos por terribles coletazos de los monstruos apocalípticos y bramidos infernales, propios de un clima de pesadilla, llegaban a los oídos de los cuatro personajes.
Dolphin no apartaba sus ojos de Nadia. Ella podia ser un agente secreto enemigo, una fria mujer, todo cerebro, capaz de lograr sus fines a toda costa y sin mirar los medios. Pero, después de todo era un ser débil, una mujer que ahora, vencido y dominada por la traición, empezaba a darse exacta cuenta de lo poco que podía hacer para eludir la suerte adversa.
Los ojos oscuros le miraron con fijeza a través de la escafandra. Hubo simpatía en ellos. Y también en los de Ricky Dolphin, comprensIvos y nobles, con un destello verde de agudeza, esperando siempre la ocasión propicia. Esa ocasión que cada vez parecía más difícil, porque ni Datz ni Ashe eran gente capaz de confiarse.
—Bueno, ahora que ya ha visto bien el teatro de la tragedia, donde su amada perdió la vida, podemos volver al WZ-6 —dijo lentamente Ashe, recreándose en el silencio doloroso de Dolphin—. Vamos, porque parece que en este mundo anochece muy pronto.

—Cierto —asintió con sorpresa Wolfang Datz. Ya está casi oscuro, ¡En marcha ustedes dos, pronto!
Se incorporaron en silencio los dos prisioneros y se encaminaron a la puerta del edificio rectangular. Ellos salieron delante, por lo que descubrieron antes que nadie el horror de lo inesperado.
Sus ojos se dilataron, sin creer lo que veían.
—¡Vamos, en marcha! —ordenó rudamente el capitán Ashe—. ¡Sigan adelante!
Ricky obedeció. Pero al mismo tiempo soltó una agria carcajada y exclamó con voz acerada. Que tuvo la virtud de dejar petrificados a los dos captores:
—Muy bien, vamos..., pero ¿adónde? ¡El WZ-6 HA DESAPARECIDO!

La lividez de los rostros de Datz y Ashe fue súbita. Parecieron dos cadáveres en pie, por un milagro asombroso.
Era cierto. El plateado proyectil ya no estaba allí.

* * *

El retorno al edificio rectangular, en medio de unas brumas violáceas, de un anochecer lívido, fantasmal, de extrañas tonalidades, fue sombrío, silencioso, hosco.
Datz y Ashe parecían haberse desinflado súbitamente. Se miraban, desmoralizados.
—No puede haber ocurrido —jadeó Datz—. Un vehículo así… tan grande..., no desaparece sin ruido, en un espacio de pocos minutos...
—Lo cierto es que ha ocurrido —le cortó con frialdad Ashe—, Y de algún modo tuvo que ser. El WZ-6 no se ha podido volatilizar en el aire...
Miró de soslayo a Dolphin y a Nadia. Ambos estaban también impresionados por el enigmático suceso, que aumentaba más aún el misterio de Venus. Pero su reacción fue muy distinta a la de ellos. Lo tenían todo perdido, y les tenía sin cuidado lo que pudiera suceder, siempre que eso les diera una oportunidad más de intentar algo.
Claro que ahora una espantosa incógnita se abría ante ellos: ¿cómo abandonar Venus algún día, cómo regresar a la Tierra con la nave que era orgullo de la inteligencia humana, si había desaparecido sin dejar rastro?
Ricky se estrujaba la mente en busca de una explicación plausible, de algo que justificara aquel asombroso escamoteo, casi ante sus ojos. Pensó que quizás uno de los monstruos del exterior hubiera arrastrado a la nave hacia el pantano. Pero eso hubiera provocado tal estruendo, al derribar el WZ-6, que lo hubieran percibido en el acto, y nada de eso se advirtió allí.

Dolphin observó el gesto estupefacto, atónito, de Nadia Tamer. Ella estaba tan aturdida como él, como todos. Parecía no haber explicación para el misterio.
La noche cayó en el exterior. Una noche singularmente clara. Las sombras eran de un matiz violáceo, por la coloración del cielo nocturno de Venus. Contra aquel extraño celaje, de vez en cuando, una sombra titánica se agitaba en el limo denso de un pantano. Los monstruos venusinos daban señales de vida en su mundo fantasmagórico.
Ashe distribuyó tabletas de vitaminas y de líquido comprimido. Las engulleron levantando las viseras flexibles de sus cascos o escafandras, y conteniendo la respiración al hacerlo. Se sintieron más confortados. Pero la ración de viandas comprimidas suministradas a los jóvenes fue reducida a la mitad. Querían mantenerles en un estado de desnutrición que debilitase sus fuerzas y les hiciera menos peligrosos, pensó Ricky.
Empezó a sentir sueño, fatiga, tras el viaje, la llegada a Venus y la fantástica peripecia vivida. También Nadia parecía agotada, y Datz estaba empezando a ceder. Oyó decir a Ashe:
—Duerma usted, Datz. Yo guardaré a los presos durante las primeras hqras. Dentro de tres, le llamaré, y usted hará el otro turno. Así nos relevaremos, hasta el nuevo día.
—¿Y entonces? —gimió Datz—. ¿Qué haremos en este maldito mundo?
—Buscar el WZ-6. No puede estar lejos. Posiblemente se ha hundido en el fango de un pantano o alguna cosa parecida. Hemos de intentar lo imposible, Datz.
Pero la misma voz de Ashe reflejaba un decaimiento cierto. El caso no era para menos, pensó Ricky, empezando a dormirse. Eran cuatro náufragos en un mundo hostil y peligroso. Un mundo donde prontamente se agotarían sus reservas de aire comprimido, y llegaría la muerte por asfixia.
La misma muerte horrible para todos, si antes no terminaban compasivamente con ellos sus verdugos... Dolphin se durmió pensando en eso.
Fueron transcurriendo lentamente las horas. El capitán llamó a Datz, pero aunque lo hizo sigilosamente despertó a Dolphin de su ligero sueño. Con ojos entornados, vió al compinche de Nadia tomar la guardia, mientras Ashe pasaba a dormitar en su rincón. Nadia Tamer no se movió del suelo, al parecer profundamente dormida.
Dolphin escuchó. Un ruido parecido al oleaje llegaba del exterior. Parecía el viento nocturno agitando las aguas densas de los pantanos de Venus. La oscuridad violácea resultaba fascinante por las aberturas angostas de la casa.

Ricky no se movió. El ruido de las aguas o de lo que fuese el elemento líquido de Venus, que en apariencia acaso fuera agua, pero cuya composición química sería diferente a la terrestre, por la ausencia de oxígeno y la dudosa presencia de hidrógenos, crecía por momentos.
Datz también lo observó, porque echó a andar hacia la puerta, sin tener las todas consigo. Dolphin le vio llegar al mismo umbral de salida asomar a las tinieblas color lila... y detenerse con un súbito grito de horror.
Fue un aullido escalofriante, inenarrable, y Datz soltó su pistola térmica, agitando sus manos desesperadamente para defenderse de algo. Algo que llegó del exterior y le atenazó.
Dolphin, sintiendo que se le erizaban todos los cabellos bajo el huevo cristalino de su escafandra, saltó de un brinco para intentar auxiliar a Wolfang Datz en su lucha desesperada con «aquello».
—¡Quieto ahí! ¡No se mueva o disparo, Dolphin!
Ricky gritó señalando a Datz:
—¿Es que está ciego, Ashe? MIRE AHÍ, SE ESTÁN LLEVANDO A DATZ!
Ashe parpadeó dos veces, antes de mirar y descubrir la verdad de lo que Ricky aseguraba. Lanzó un ronquido, pero todavía chilló:
—¡No vaya usted, Dolphin! ¡Deje que Datz se las arregle solo!
Eso era imposible. Antes de que Dolphin pudiera replicar, mientras sentía cómo Nadia Tamer se acurrucaba, estremecida de horror y de incredulidad contra él, una larga, oscura y borrosa forma movible aferraba el cuerpo de Wolfang Datz, totalmente inerme, y le arrancaba de la casa, siendo engullido por la noche color violeta, acaso para siempre. Un postrero grito horrible, estremecedor, se alejó, ululante, de la casa.
—¡Dios mio! —gimió histéricamente Nadia, rompiendo a llorar—. ¡Dios mío! —¿Qué era eso? ¿Que era...?
Lubik Ashe_se volvió hacia ellos. Estaba blanco como un cadáver, y temblaba ostensiblemente. Acaso por primera vez se encontraba frente a un poder desconocido, un algo aterrador, llegado de las sombras, que le redujo a aquel ser tembloroso y cobarde, incapaz de reaccionar.
Fuera crecieron los chapoteos. El monstruo, cualquiera que fuese su forma, su aspecto y naturaleza, parecía satisfecho con la presa.
Ricky Dolphin no sabía cuán equivocado estaba al pensar así. El horror no había hecho más que empezar…

CAPÍTULO IX
EL PODER SUMERGIDO

—¡No saldrá nadie de aquí! — Silabeó Ashe, roncamente, amenazándoles con el arma en forma febril, excitada—. ¡No se moverán de mi vigilancia! ¿Me han oído?
—No pierda el control de si mismo, Ashe —advirtió serenamente Dolphin—. Va a hacerle falta serenidad. Ahora no es nuestro enemigo, sino un ser humano igual que nosotros. Y los tres estamos metidos en un terrible lance, sobre un suelo extraño que desconocemos. No sabe con qué o con quién nos tenemos que enfrentar. ¿No sería mejor olvidar odios y rencores y unir nuestras fuerzas para enfrentamos al peligro común?
—¡No! ¡Ustedes seguirán siendo mis prisioneros! —los ojos de Lubik Ashe eran los de un loco, un ser en las fronteras del desequilibrio total —. ¡Yo soy quien domina la situación!
Ricky dijo serenamente:
—¿Qué situación? Me hace usted reír, Ashe. Está asustado, terriblemente asustado. Tiembla y tiene miedo. Sabe que ahí fuera, en la noche de Venus, hay algo o alguien acechando, esperando a que cualquiera de nosotros se ponga delante…, como ha hecho ya con toda la expedición terrestre, con los auxilios posteriores, con las naves de ellos y con la nuestra..., con Datz hace un momento... Estamos perdidos. Todos estamos perdidos y lo sabemos. Es ridículo fingir valor o seguridad, cuando nada de eso se posee ya.
—Usted tuvo la culpa —silabeó Ashe—. Usted quiso descubrir el misterio de Venus, y nos trajo a todos hasta este maldito planeta. Ahora estamos en él, sin posibilidad humana de salir con vida. ¡A usted se lo debemos todo! Me las pagará, Dolphin, Me las pagará... siendo usted el primero que va a cruzar esa puerta.
Ricky le miró gravemente. Comprendió que ha.blaba en serio. Quería forzarle a cruzar el umbral siniestro. Y si no obedecía le aniquilaría con la pistola térmica. No sabía qué podía ser peor. Vaciló, muy pálido. Nadia gimió algo entre dientes e insultó a Ashe:
—¡Cobarde..., verdugo!
—¡Vamos, he dicho que salga! —Insistió Ashe, como enloquecido—. ¡A ver, Dolphin… acérquese a esa puerta o le mato aquí mismo!
—¡No vaya, Dolphin! —suplicó ella—. ¡Vale más que nos mate aquí, a cumplir lo que él pide, a morir estúpidamente a manos de unos seres que ni siquiera sabemos que horrible fin le reservan a uno!
—No, Nadia. Creo que vale más morir en otras manos que en las de Ashe. La muerte será siempre más piadosa.
Se soltó de los brazos de la joven, y echó a andar hacia la salida. Ashe le seguía con mirada dilatada, delirante. Ricky Dolphin llegó al umbral. Se asomó a la noche de Venus lentamente, esperando enfrentarse a algún increible horror.
No vio nada. Pero repentinamente reculó, con un chillido escalofriante,

y corrió al fondo de la habitación, rugiendo:
—¡Ahí viene! ¡Está ahí, Ashe, cuídado…!
El capitán cayó en la trampa. Incluso Nadía, con un alarido de horror, se cubrió el rostro con las manos, esperando alguna espantable aparición. Ashe vaciló, buscando con ojos delirantes lo que Dolphin decía.
Cuando éste le cayó encima como una catapulta, ni siquiera había comprendido aún que todo era un truco de Dolpnin, para erigirse en duaño de la situación. Rodó Ashe por tierra, bajo el empellón violento de Dolphin, que le arrebató el arma sin que hubiera podido hacer Ashe acción alguna por dispararla.
Ricky le hincó las rodillas en el estómago, sobre la recia tela impermeable y cauchutada del traje espacial. El dolor contrajo el rostro de Ashe. Luego la pistola térmica fue aferrada por los dedos vigorosos de Dolphin, y éste silabeó muy lento:
—Se ha terminado su papel principal. Ashe. Ahora soy yo quien da las órdenes aquí. Estaba harto de su tiranía. Saltó atrás, cubriéndole siempre con el arma.
Lentamente, se incorporó Lubik Ashe, con gesto de terrible cólera por el fracaso sufrido en la fulminante reacción de Ricky.
Este dijo:
—No voy a matarle, no tema. Ni tampoco a abusar ahora de mi dominio. Limítese a mantenerse quieto. Recuerde que somos tres únicos supervivientes humanos en un mundo desconocido, que parece cuajado de peligros y de misterios atroces. Tenemos que hacer lo imposible por salir de aquí, y sólo hay un medio para ello: encontrar el WZ-6. En caso contrario... desengañémonos. Estaremos perdidos, condenados a morir como Datz, o a asfixiarnos sin aire en nuestros depósitos.
—¿Qué podemos hacer para buscar el WZ-6 Ricky? —preguntó Nadia, más serena, acercándose ahora a él.
—Buscarlo. Y aquí dentro no lo hallaremos. Desapareció fuera, en la planicie. Y sospecho dónde está, dentro de uno de esos pantanos. No cabe otro escondite. No me pregunten cómo fue a parar allí. Ni siquiera lo sospecho. Pero eso es lo que ocurrió.
—¿Sugiere... sugiere que salgamos de aquí Ricky? —musitó Nadia, estremecida —. ¿Ahí fuera?
—Sí —afirmó valerosamente Dolphin—. Sea lo que sea lo que nos está esperando, hemos de afrontarlo una u otra vez. Cuanto antes mejor.
Y dando ejemplo, él fue el primero en marchar.
Señaló la salida a Ashe, que tembló.
—Usted vendrá conmigo, capitán —dijo—. Pero yo abriré paso, pues no soy un cobarde como usted.

—Cielos, no debemos salir. Ahí fuera está algo..., un monstruo terrible acaso...
—Evidentemente. Pero es otro monstruo igual nuestro propio miedo. Voy allá, Ashe. Sígame usted y no intente locuras. Ahora hemos de unirnos para salir de ésta, Ashe, aunque luego sigamos siendo enemigos a muerte. ¿Entendido?
—S... sí —musitó dificultosamente el oficial, lleno de terror.
Ricky avanzó paso a paso hasta la puerta. Cruzó el umbral. Fue como penetrar en un mundo extraño, de singular penumbra violácea, en la que todas las formas eran visibles, como en un fantasmal crepúsculo de luces jamás vistas.
Del monstruo o lo que fuese no había el menor rastro. La planicle seguía desierta, barrida por un viento brumoso que agitaba el ocre polvillo de su superficie. Más allá, los pantanos ofrecían la incógnita de su superficie fangosa y bullente. Ruidos, chirridos extraños, aves gigantescas, con alas de murciélagos, volando en la distancia, hacían del lugar un mundo de pesadilla y angustia sinfín. Los cefalópodos venusinos chapoteaban en las marismas, por entre líquenes y helechos amoratados, de rara configuración.
Echaron a andar por la llanura. Igual que un tren fantasma o almas en pena, arrastrándose hacia el corazón mismo del Averno, en los dominios de Satán.
Fue Nadia la primera en descubrirlo. Alzó su brazo trémulo, con un grito ronco. Y su exclamación heló la sangre en las venas de Ricky, e hizo dar un respingo a Ashe.
—¡Mirad! —chilló, desencajada—. ¡Mirad allí..., AL PANTANO! ¡Dios mío, ved eso...!
Ricky, con infinita angustia, presenció el mísmo fenómeno que los agudos ojos de Nadia Tamer habían descubierto. Acaso el principio del enigma mismo... o el arranque de uno mayor y más pavoroso que los demás.
¡Uno de los pantanos, aquel que quedaba a su derecha, junto a la planicie, y separado de ésta por una barrera rojiza de extraños líquenes y matorrales ambarinos, estaba bajando de nivel, se desecaba, como arrastrado por una potente marea, que lo hacía decrecer más ymás, en una rápida vaporización.
Atónitos, asistieron al fenómeno que se desarrollaba ante ellos mismos. Era como si una gran boca invisible succionase el fango, dejando seco el profundo lecho del pantano.
Una extensión de acaso dos kilómetros cuadrados se secó en cuestión de segundos. La lívida fosforescencia de la noche venusina reveló el fenómeno... y lo que después surgió ante los incrédulos ojos de los terrestres perdidos en Venus.
Porque allí en el fondo del pantano súbitamente seco, en un lecho fangoso, de más de trescientos pies de profundidad...

* * *

Allí estaba el pueblo de Venus.

Allí la ciudad, la formaclón urbana más asombrosa y alucinante que se podía imaginar. Allí, donde las gentes vivas e inteligentes del planeta moraban, ocultas a ojos curiosos y extraños a su mundo, se mostraba en toda su insospechada amplitud a los terrestres.

Calles, edificios, escaleras y accesos, aberturas en los muros... Todo ello de un material duro y pétreo, del color del propio fango que cubría sus formas durante el día venusino.

—Dolphin, ¿será posible? —susurró Nadia lentamente, contemplando aquella zona profunda e insospechada —. ¿Qué es eso?

—Creo que estamos ante una ciudad de Venus —dijo Ricky Dolphin lentamente—. Una ciudad muerta.... o bien viva. No lo sé aún.

—Pero... ¿ese barro? ¿Adónde ha ido a parar? ¡Son toneladas y toneladas de agua fangosa!

—Una especie de marea... o acaso un ingenioso e invisible sistema de compuertas capaz de dejar al descubierto esa ciudad durante la noche. Vamos a ir allá...

—¡No! —gimió ella—. ¡Eso no!

—Claro que iremos —asintió Dolphin—. Mirad allá, al fondo de esa ciudad sepultada en el pantano, algo brilla con el color de la plata…

—¡El WZ-6! —aulló Ashe.

—Creo que sí. Está allí. En cuyo caso empiezo a ver clara la presencia de seres vivos... e inteligentes en todo esto.

—¿Venusinos inteligentes?

—Sí. Solo nos falta conocer su naturaleza... Saber qué clase de gente o de cosas son.

—¡Pero si nos han robado el WZ-6... si han raptado o matado a Datz y a los demás... no pueden ser buenos!

—No creo que lo sean, ciertamente. O tal vez lo son a su modo, Nadia. Pero de un modo u otro tienen nuestra nave. Y tienen, tal vez, a la persona por quien yo estoy ahora aquí. No me iré sin ambas. En otro caso, igual pereceremos en Venus, sin medios de fuga ni de respirar. Recordad que tras ese cristal que ahora cubre nuestras cabezas, el aire es puro carbono y dióxido. Moririamos en el acto, sin nuestra ya precaria cantidad de aire comprimido. En el WZ-6 disponemos de los grandes depósitos de oxígeno, capaces de renovar nuestras cargas de aire indefinidamente, mientras haya energía a bordo para producirlo.

Nadia miró a Ricky en silencio. Luego asintió, serena, convencida plenamente.

—Está bien, Dolphin. Vamos allá... —dijo muy despacio.

Ricky Dolphin se movió, al frente de ellos, hacia la extraña ciudad del fondo del pantano. No parecía dercubrirse a nadie en su interior. Era como un mundo muerto, unas ruinas sepultadas, que se hubieran descubierto por un extraño azar de la naturaleza venusina. Pero nada más.
Ashe avanzó junto a ellos. Su temor era tal, que se sentía incapacitado de decir o de hacer nada que no fuera seguir dócilmente a los demás.
Se detuvieron unos momentos en el borde del pantano seco contemplando lo que se extendía a sus pies. Una especie de escalones tallados en la roca descendían hacia la ciudad. Las calles de ésta, si eran realmente calles, se hallaban trazadas en una escala reducida, cosa de un treinta por ciento con respecto a un ser humano. Así, resultaban angostas, raquíticas, e igualmente las edificaciones, puertas y ventanas.
—Pigmeos —dijo roncamente Dolphin—. Como quiera que sean son pigmeos.
—No lo pareció así «aquello» que se llevó a Datz, como si fuera una pluma —se aventuró a decir Lubik Ashe finalmente, tragando saliva.
—Aquello, seguramente, no era nada de esto —dijo Dolphin, siguiendo el hilo de sus complicadas deducciones—. Debió de llevárselo un monstruo. Algo que podriamos suponer era un pulpo gigantesco, un cefalópodo colosal, a escala de los restantes animales entrevistos en Venus hasta ahora...
—Es una teoría atinada —aseguró Nadia estremecida—. Pero ¿dónde están entonces los seres de este lugar extraño? No se ve a nadie en sus calles, ni el menor rastro de vida. ¿Y no sería otro pulpo gigante quien se llevó nuestra nave?
—Posiblemente también... —apuntó de pronto Dolphin—. Imaginemos un pulpo gigantesco, de enormes tentáculos, diestros y poderosos.... pero AMAESTRADO... DOMESTICADO por los venusinos inteligentes...
—¡Imposible! — a Nadia se le erizaron los cabellos ante la idea—. ¡No es admisible!
—Claro que lo es. En la Tierra se amaestra un elefante, un gorila… ¿Por qué no pueden amaestrar en Venus un animal de otra especie? Vamos, hay que bajar a esa ciudad...
—Dios mio... —Nadia, muy pálida, se, apoyó en su brazo.
Comenzaron a bajar. Ashe lo hacía el último. No parecía ya peligroso en absoluto. Al menos, no de momento, en aquel clima de auténtico horror, de pesadilla sin fin...
Descendieron los escalones de roca. Llegaron al nivel profundo del lugar desecado. Ricky Dolphin, súbitamente, descubrió algo. Gritó, señalando hacia un edificio:

—¿Qué es?
—¡Mirad! ¡Por aquella ventana!
Se agolparon Ashe y Nadia junto a él y escrutaron el interior de la casa.
Pronto vieron lo que habla llamado la atención de Ricky.
Los muros del interior centelleaban vividamente, con un matiz amarillo violento, bruñido, que dejaba poco lugar a las dudas. Ashe pronunció la palabra ávidamente, con viva codicia, y los ojos dilatados por el júbilo del hallazgo:
—¡ORO! ¡Oro en las paredes y en los suelos, Dolphin! ¡Oro suficiente para enriquecer a miles de hombres!
—Sí, eso parece. —Dolphin hurgó en un muro fangoso. Arrancó un trozo con dificultades. El bloque de piedra que enarboló tenía vivos destellos dorados—. Oro… Tal vez un metal sin valor en Venus, Ashe. Pero acaso en el fondo de pantanos como éste... inaccesible a los extranjeros, salvo durante el tiempo de esta rara desecación...
La muchacha le interrumpió.
—Dolphin, yo… yo veo otra cosa además del oro ahí dentro — silabeó Nadia Tamer, trémula de emoción.
—¿Otra cosa? ¿Qué es ello? —vivamente, Dolphin se acercó de nuevo a las ventanas de aquel primer piso, que quedaban a la altura de sus hombros, por la diferencia de escala entre él y la singular ciudad sumergida —. ¿Algo peor aún?

CAPÍTULO X
EL LETARGO

Seres vivos, Dolphin... Seres vivos... que duermen. ¡Mírelos!
Ricky, estremeciéndose, oteó en la penumbra interior de las toscas y singulares viviendas... Una exclamación de asombro brotó de sus ojos.
Eran seres vivientes, sí. Venusinos. Dormidos todos. Con un letargo profundo, como si les fuera imposible salir de él. Tendidos en los suelos de oro puro de sus casas... boca arriba todos. Eran extraños hombrecillos de figura escamosa, al parecer brlllante, como metálica, y de extraño color cobre. Las cabezas recordaban a las ranas, y también las bocas. Tenían fosas nasales.... pero al respirar observó que tenían también unas aberturas laterales con agallas, inmóviles en aquel momento.
Ninguno de ellos mediría más de cuarenta centímetros de altura.
—¡Dios mío! —jadeó retrocediendo con el rostro cubierto de sudor—. ¡Son ANFIBIOS! ¡Duermen como aletargados... tal vez porque al secarse su pantano y respirar el aire de Venus al que está adaptada

su naturaleza, lo mismo que al fondo de las aguas venusinas, entran en un sueño reparador, letárgico... que puede durar hasta la llegada del día!
—Como los vampiros..., pero al revés —dijo con un estremecimiento la joven Nadia, y Ricky Dolphin tuvo que asentir, impresionado.
No le gustó el aspecto físico de aquellos pequeños seres de Venus. Tenían algo... siniestro, espeluznante. No eran buenos. No podían ser buenos. De su sola presencia, con ser ahora apacible, soporífera, emanaba un algo casi tangible. Un hálito de horror, de crueldad, de terrible virulencia y de mentalidad poderosa...
Se estremeció. Si Sandra, el profesor Klaus y los demás cayeron en poder de los pequeños anfibios de las profundidades, igual que había caído el WZ-6, temía por su suerte... Temía y mucho.
Continuaron avanzando.
Recorrieron en silencio les calles de la ciudad diminuta. Casa a casa, rincón por rincón, hasta desenbocar finalmente en una plazoleta amplia, semicircular, que recordaba vagamente a un anfiteatro romano.
Allí se enfrentó Ricky Dolphin al más espantoso, rudo de los combates. Nadia Tamer lo adivinó nada más descubrirlo. Trató de impedir el *shock* a Ricky, gritando:
—¡Dolphin, espere! ¡No mire hacia allí! ¡No todavía, Dolphin!
Era tarde. Ricky había mirado ya. Y descubierto el horror.
Una sacudida helada recorrió su ser. Dilatáronse sus ojos, y sintió que le flaqueaban las piernas. Luego corrió hacia lo que formaba una gran plataforma de puro oro, en el centro del anfiteatro...
Estaban allí. Alineados todos, sujetos por unas extrañas membranas transparentes, elásticas, pero de tremenda dureza, que Ricky no logró destrozar con sus manos.
Eran trece, Diez expedicionarios primero. Dos después. Y Datz, finalmente. Le habían agregado a los demás. Como bestias tendidas al sol, una vez sacrificadas. Ricky se cubrió los ojos, lleno de angustia, de dolor infinito...
Sandra estaba con ellos. Les habían debido realizar alguna extraña operación. Sus cabezas habían sido deformadas por una intervención quirúrgica que revelaba gran inteligencia y agudeza en los venusinos. Les habían querido dar forma de anfibios, dotándoles de agallas y de un extraño apéndice nasal. Naturalmente, todos estaban muertos.
No... Todos no... Datz respiraba... Vivía... pero le habían sacado los ojos. El horror era irresistible. Ricky sintió un odio violento y feroz hacia los pequeños y crueles seres, hacia el poder sumergido de los pantanos de Venus.
—¡Dios mío, Sandra..., el profesor Klaus... todos! ¡sacrificados horriblemente por esos monstruos pequeños y espantosos!

Datz debió de oirles, reconoció vagamente sus voces, porque se agitó en su agonía ciega, sujeto por las membranas a la roca de oro.
—Huyan —silabeó, con voz irreconocible—. Huyan todos pronto... El gran pulpo domesticado..., su captor..., se llevó antes el WZ-6..., luego a mí, como a todos los demás... Quieren hacer de mí un anfibio..., estudiar mi naturaleza... Les entiendo, aunque no conozco su lenguaje ...
—¡Datz! —Nadia se abalanzó sobre el que fuera su cómplice—. ¡Datz! ¿Qué hicieron con usted? ¿Cómo puede saber eso? ¿Qué horror es éste?
—Huyan pronto... Son telépatas. Formidables telépatas... Dominan la mente humana. Yo capté sus mensajes telepáticos..., interpreté su rara lengua... Piensan invadir la Tierra... pero le temen al oxígeno..., el arma que les destruye, porque oxida sus escamosos cuerpos metalizados por la composición de las aguas pantanosas.
—Datz..., ¿por eso han han mutilado a todos tan horriblemente? —Ricky se logró sustraer a la contemplación de la infortunada Sandra, para hablar—. Hable, pobre Datz...
Por eso investigan..., hacen vivisección en nosotros…, buscando la forma de poder respirar el aire sin sufrir daño... para invadir la Tierra luego... Son crueles, monstruosos..., muy listos... Pero por las noches entran en letargo. Y a su naturaleza... les va mejor respirar entonces el aire de su mundo. Han logrado un íngenioso sistema de desagues, que luego vuelve a llenar esta oquedad de aguas, al nacer el día. La noche de Venus es corta, muy corta... Huyan pronto, antes de que los desagües vuelvan a escupir agua automáiicamente, e inunden esto... Tienen el WZ-6, para iniciar los viajes de invasión... y las otras naves, para proseguir luego. Destrúyanlas... si pueden. Están junto al WZ-6. Luego escapen... Avisen a la Tierra para que envie aquí expedicIones con oxígeno y les bombardeen para destruirles. Yo pude leer sus temores y pensamientos por ondas mentales...
— ¡Cielos, parece una pesadllla, algo imposible! —jadeó Dolphin, lívido—. ¿Y ellos fueron los autores de la amenaza a la Tierra, enviada por radio?
—Sí. Estudiaron el lenguaje terrestre. Lograron imitarlo por sonidos metálicos, y transmitirlo..., por un sistema de radio propio. Ya le digo... que son diablos inteligentísimos... Por favor, huyan... Va a amanecer pronto. Despertarán otra vez, esto se llenará de fango... y serán nuevas víctimas para sus atroces experimentos humanos...
—Datz, usted vendrá con nosotros —aseguró Nadia Tamer.
—¡No! —cortó el infortunado—. No pueden. Estas membranas no pueden cortarse ni arrancarse. Yo ya estoy perdido. Nada las destruye... ¡Huyan, huyan pronto...! Yo encontré el fin que merezco. Perdone mi traición, Nadia... Perdone todo...

Ella asintió en silencio. Ricky miró con terror al horizonte. Lo señaló en silencio. Una lívida tonalidad más clara, de un violeta fosforescente, presagiaba el fin de la breve pero terrible noche venusina.
—¡Vamos! —silabeó luego—. Datz tiene razón.
Hay que huir...
Presionó una mano del prisionero con firmeza y musitó:
—Gracias por todo, amigo Datz. Sus faltas se olvidan. Yo referiré cuánto bien ha hecho con sus revelaciones al género humano... ¡Adiós!
Echaron a correr hacia el lugar donde se veía brillar el cuerpo bruñido, plateado, del proyectil erguido. Eran tres desesperados, furiosos fugitivos, pugnando por eludir un final pavoroso.
Ricky Dolphin tiraba de Nadia, sujetando su mano. Luchó por no volver la cabeza, por no ver de nuevo a Sandra, mutilada y sin vida, e incapaz de sacarla de allí, de llevarla a la Tierra consigo, para darle un rincón cristiano donde reposar. Había humedad en los ojos de Ricky.
Alcanzaron el pie de la nave. El metal aparecía cubierto de fango, pero no había sufrido daño alguno. Iban a penetrar en la nave, cuando Dolphin recordó algo. Tomó la pistola con firmeza. Apuntó a las dos naves paradas junto al WZ-66. Eran las que enviaran de la Tierra a Venus. Las barrió con cargas térmicas, desintegrándolas.
Cuando las vio arder, hechas pavesas y armazón metálico, sonrió siniestra, salvajemente.
—Ahora algo más—dijo con voz ronca—. ¡Bombardear de oxigeno todo, como Datz ha dicho! ¡Hay aire suficiente en los depósitos de la nave, para dejar en esta zona una burbuja gigantesca, que el fango no podrá desplazar, y oxidará a esa maldita gente de Venus!
—¡Un momento, Dolphin! —gritó Ashe—. ¡El oro! ¡Tenemos que llevarnos el oro! ¡Hay aquí una fortuna, millones en ese mineral!
—No sea loco, Ashe. La luz del día está empezando a surgir. ¡Mire allí! —señaló hacia el fondo de los altos muros de la fosa enorme en que el pantano se había convertido.
Por invisibles huecos, rendijas sin duda prodigiosamente construidas por aquellos portentosos ingenieros que eran los crueles, malignos seres de las profundidades, empezaba a destilar fango, agua turbia y espesa, en cantidades considerables. Un rumor sordo empezó a dejarse oír en todo el amplio pantano.
—¡Tengo tiempo de arrancar unos buenos trozos de oro todavía! —chilló Ashe, con ojos desorbitados, corriendo a los edificios centelleantes —. ¡Volveré en seguida! ¡No se vaya sin mi, Dolphin!
—¡No haga locuras! ¡Vuelva acá! —rugió Dolphin—. ¡Cuando esto se inunde estaremos perdidos!
—Antes de eso, Dolphin —gimió Nadia, trémula de horror—. ¡Mire eso!

Ricky miró. Se le pusieron los cabellos erizados. Los venusinos, la terrible gente del planeta Venus, empezaba a salir de su letargo nocturno...

* * *

Asomaron rostros malévolos, horriblemente similares a los de los sapos por ventanas y puertas. Unos cuerpecitos enjutos y feos, de brillantes escamas metálicas en su piel, corrieron por las calles hacia donde estaban ellos.

Ashe, trémulo, enfebrecido por la codicia, aferró varios trozos de oro. Cargó con ellos, queriendo correr hacia el WZ-6, que Dolphin había logrado abrir finalmente, y en cuyo umbral permanecía con Nadia. Ordenó al joven abruptamente:

—Corra a traerme los depósitos de oxígeno. ¡Pronto, Nadia! Yo espero aquí, a ver si mantengo a raya a esos seres, para salvar a Ashe...

—¡Dolphin, no puede hacer eso! ¡Le cazarán también a usted! ¡Mire cómo sube el nivel del fango!

—No puedo dejar a ese loco a merced de seres tan espantosos. Tengo la obligación de salvarle a toda costa... ¡Corra, Nadia! ¡El oxígeno es nuestra última esperanza!

Ella se alejó en el ascensor a por los depósitos.

Ricky disparó una carga térmica sobre los hombrecillos que ya corrían en pos del atemorizado Ashe. Con estupor y angustia, Ricky comprobó que la carga térmica no hacía efecto alguno a sus cuerpos, blindados por aquella especie de escamosa coraza qua tenían por epidermis.

Ashe tropezó, en su terror, cayendo de bruces y perdiendo todas las piedras amarillas. Ricky Dolphin le quiso cubrir con otras dos balas térmicas, que estallaron ante él, pero los venusinos, cuya voz era chirriante y agria, no temían las cargas, porque estaban advirtiendo su ineficacia.

Otro grupo nutrido corría ya, chapoteando, hacia el WZ-6, cada vez más enfangado en el lecho de lodo. La luz del día de Venus, sobre el WZ-6 y su orgullosa mole de plateado metal, crecía constantemente con vertiginosa rapidez.

—¡Vamos, Ashe, un último esfuerzo... o está perdido! —gritó Dolphin.

Ashe lo intentó. Pero de nuevo fracasó. Su voz llegó a Ricky en un grito atroz:

—¡No me abandone! ¡Por favor, Dolphin, por Dios y por cuanto usted haya amado en la vida, no me deje en este horror! ¡Prefiero morir en la Tierra, responder de mis infamias! ¡Me arrepiento! ¡Por Dios, me arrepiento de todo! ¡Sálveme, Dolphin! ¡Sólo usted puede hacerlo!

Ricky apretó las mandíbulas. No. Ni siquiera él podía hacerlo. A menos que Nadia llegase a tiempo... a menos que el oxígeno de que disponía sirviera de algo.
—¡Ricky, aquí lo tiene! —Gritó Nadia junto a él. Se volvió Dolphin.
Eran los depósitos de oxigeno. Dos grandes bombonas con salida a presión, y un potente grifo en su parte superior.
—¡Traiga!
— Dolphin tomó el primero. Abrió el grifo, después de apuntar a los hombrecillos que ya caían sobre Ashe implacablemente, esgrimiendo en sus membranosas manos una de aquellas malditas lianas irrompibles.
—¡Es la única esperanza, Ashe! —gritó—. ¡Si tiene éxito, corra hacia acá!
El chorro de oxígeno puro, de aire comprimido a gran potencia, salió como un proyectil sibilante. Golpeó a dos o tres hombrecillos, que gritaron cosas indescifrables. Sin embargo, la mente de Dolphin captó reflejos mentales en su propia lengua, procedentes de los desarrollados cerebros venusinos;
"¡Aire! ¡Es aire!" —decían ellos sin voz —. "¡Aire mortal para nosotros! ¡Atrás todos!
Ricky sonrió, haciendo vomitar aire comprimido a la bombona. Nadia, resueltamente, se unió a él, y comenzó a chorrear aire con el segundo depósito. Los venusinos chapoteaban en el lecho fangoso, sintiendo en sus escamas metalizadas el óxido que provocaba el nefasto contacto del aire terrestre.
Empezaron a retroceder, vencidos, como una horda terrible y siniestra, que ha tropezado con la horma de su zapato.
Lubik Ashe, en un postrero esfuerzo, abandonó el oro maldito que casi le hizo perder la vida. Se irguió, tambaleante. Echó a correr hacia el WZ-6. Jamás en su vida corrió tanto.
Alcanzó la nave, penetrando en ella como un alud, tras nadar entre el fango, que subía y subía inexorablemente. Dolphin le ayudó a entrar en la nave. Luego, rápido, cerró la puerta, echándose atrás. El WZ-6 quedó cerrado herméticamente.
—¡Pronto, a los mandos! —gritó Dolphin—. ¡Si no arrancamos pronto, el pantano nos cubrirá, dejándonos inmovilizados y de nuevo a merced de esa horrible gente!
El ascensor les llevó rápidamente a la cabina delantera. Ricky se lanzó sobre los mandos de la naye como un poseso. Puso en funcionamiénto los fotones, que provocaron un caótico y convulso torbellino de barro en torno a sus tubos de reacción. Luego, con una explosión pavorosa..., el WZ-6 arrancó como una flecha de plata hacia el cenit gris-azul de la mañana venusina.
Quedó abajo el pantano a medio cubrir, en el que la siniestra ciudad

de las horribles gentes de Venus volvía a ser sumergida por las aguas turbias que pronto parecerían morada única y exclusiva de los monstruos prehistóricos del planeta.
Acaso muchos otros pantanos con gente igualmente astuta y poderosa que aquella diminuta raza metalizada, de potente cerebro, estaban habitados por los temibles anfibios de Venus. Pero Ricky Dolphin sabía ahora de su existencia. Y pronto, en toda la Tierra, conocerían el misterio que guardaba el planeta enigmático en su seno, y fuerzas mlIltares, provistas de potentes cargas de aire comprimido, aniquilarían a tan feroz y despiadado enemigo con ansias invasoras.
—Gracias a Dios, a salvo — suspiró Dolphin, dejando caer la cabeza sudorosa sobre sus mandos—. Y de regreso a la Tierra..., a la bendita Tierra, tan distinta a ese infierno que dejamos atrás.
Miró a Ashe, sollozante y vencido en un asiento.
Preguntó lentamente:
—Su promesa formal, Ashe... ¿llegará a cumplirla? ¿O seré yo quién vuelva a la celda, a pagar por algo de lo que no tuve culpa?
—Claro que no, Dolphin —suspiró Ashe—. Estaba como loco... Pero ahora admito mis culpas. Otro no me hubiera salvado la vida con riesgo de la suya. Le doy las gracias, amigo. Gracias de verdad. Dolphin. Espero perdone mis errores... y sepa comprender que es otro Lubik Ashe quien vuelve a la Tierra. Allí sabrán la verdad de todo, y cuánto le deben a usted. Yo afrontaré mis responsabilidades valientemente. Lo prometo...
—Por primera vez creo en su promesa. Ashe —suspiró amargamente Ricky—. Todos volvemos un poco diferentes a la Tierra. Usted, mejor de lo que era. Yo, peor..., mucho peor. Porque mis esperanzas, mi futuro, mis planes de hogar, de amor y de esperanza, quedaron atrás..., en aquel horrible mundo submarino de Venus. Sacrificados con el cuerpo de una muchacha a quien amé de corazón y que ellos me arrebataron cruelmente.
Ashe no dijo nada.
Nadia Tamer se acercó lentamente a Dolphin.
Cuando habló, lo hizo con voz profundamente emocionada, sorda;
—Todos hemos camblado en este viaje, sí... Yo también soy otra, Dolphin. Una mujer que no ambiciona proyectos ni planos militares. Una mujer que no quiere ser espía. Me entregaré a sus autoridades.
—No, Nadia, no haga eso...
—Sí —sonrió ella—. No me harán nada por ello.
Si lo hago, es con una sola esperanza. La de merecer, algún día, que el hombre de quien me he enamorado durante la más terrible y angustiosa aventura de mi vida, sea capaz de comprender de sentir sus heridas de hoy curadas..., y sea capaz de esperar al final de mi condena, para recibirme con los brazos abiertos..., para consolarse,

entre mis brazos, de un gran dolor sufrido.
Ricky la miró lentamente, mientras el WZ-6 hendía el negro espacio tachonado de astros, regresando a la Tierra con su fabulosa velocidad.
Dolphin habló lentamente:
—Siempre es posible curar las heridas graves con el tiempo... Y aunque hoy es pronto para hablar de eso... yo creo que también algo nuevo y maravilloso ha empezado a surgir dentro de mí, iniciando ya su balsámico efecto en mi alma.
—Ricky, ¿entonces...? —comenzó Nadia, emocionada.
—Ya le dije que era pronto —la miró a lo profundo de sus ojos y se estremeció aun a pesar suyo—. Pero, sin embargo, creo que habrá alguien esperándola ese día. Un día que no será muy lejano... y en el que dos personas podrán encontrar su camino.... su fe... y su amor...
Ella sonrió radiante. Ricky Dolphin clavó los ojos en las estrellas. Brillaban menos que las pupilas de Nadia. Pero eran hermosas y parecían repetirle todas las promesas maravillosas que leyera poco antes en lo más hondo de los ojos de una mujer.

FIN